Como en las Películas

Por

Iván Andrade

Confinado en una oficina helada y con un sueldo de risa, un viaje al extranjero parece tan irreal como el unicornio azul que se le perdió a Silvio Rodríguez o como un presidente colombiano que haga bien su trabajo. Simplemente parece imposible llegar a reunir el dinero necesario, tener el tiempo y, sobre todo, atreverse a hacerlo. Afortunadamente hay gente que lo empuja a uno, que lo lleva a hacer cosas que solo, probablemente, no se atrevería a hacer.

Es así como a mediados del 2012, mientras trabajaba como asistente editorial en una universidad, concentrado en ahorrar la mayor cantidad posible de dinero para poder pasar por lo menos seis meses sin trabajar y dedicarme a escribir, mi hermano y mi hermana me propusieron hacer un viaje a Estados Unidos. Mi cuñado tenía que ir a Miami por cuestiones de trabajo, y se les ocurrió que podíamos armar el viaje juntos.

Mi primer impulso fue creer que no, no podía, no iba a tener el dinero. Porque a veces la pobreza no está en la cuenta bancaria, sino en la cabeza.

Además, Miami no parecía un destino tan emocionante. Obviamente valdría la pena conocer esa ciudad, pero había otros destinos más estimulantes. Como Nueva York.

¿Y por qué no ir a Nueva York?

De un momento a otro la intención se transformó. Si era posible, pues mejor ir a Nueva York. Y ya entrados en gastos, aprovechar y visitar ciudades cercanas: Washington y Filadelfia. Hagámoslo. Ese plan prometía mucho más y, haciendo las cuentas, no salía tan costoso.

Había que sacar la visa gringa, ese trámite con cara de imposible. Y, sin embargo, una vez más lo que parecía improbable se hizo realidad. En una mañana de viernes, fría como la mayoría de mañanas en Bogotá, y metidos en el galpón rodeado de ventanillas donde se hace el trámite, nos aprobaron la visa sin problema. Aunque el ambiente era algo opresivo y uno tenía miedo de que cualquier cosa que hiciera o dijera pudiera influir en que nos dieran o no la visa (lo que es una soberana estupidez, porque seguramente eso ya está decidido aun antes de que uno pise la embajada), nos la dieron. Ya podíamos viajar.

Lo siguiente fue fijar fechas e itinerarios, buscar hoteles, trabajar y ahorrar dinero. Soñar con lo que íbamos a ver y a hacer.

En eso se fueron los meses, el final del año y el comienzo del nuevo, entre cosas que se hacen a última hora, hasta que por fin llegó el momento.

La ansiedad de antes de viajar es difícil de describir. Sobre todo si uno es

colombiano, con ese pasaporte que huele feo en los aeropuertos de todo el mundo. Cuántas historias de abusos a pasajeros colombianos se escuchan todo el tiempo. Pero también está esa sensación inacabable de que algo se olvida, algo se queda; y se repasa mentalmente lo que se empacó, se mira una y otra vez si están todos los documentos necesarios. Luego está el hecho de que alguna cosa pueda salir mal: un vuelo retrasado o cancelado, que no aparezcan las reservas de hotel, que el proceso de inmigración sea largo, o incluso infructuoso, y lo devuelvan a uno en el aeropuerto de allá. Miedos que alcanzan la cabeza y desaparecen rápido, para aparecer de nuevo. Fugaces terrores de niño asustado. Pero no, piensa uno, es imposible tener tan mala suerte. Es una forma de calmarse.

Con las maletas rumbo al avión y el pasabordo en la mano, una parte queda concluida. Luego está la migración, que atravesamos con rapidez. Solo quedaba la espera para abordar.

En la sala de espera tenía una sensación de irrealidad. Aunque estaba a punto de subirme al avión, no terminaba de creerme que fuera a viajar. Washington no está lejos solo geográficamente sino en la mente. Y para completar lo irreal del asunto, y aportar algo de absurdo, me topé con Diomedes Díaz, o lo que quedaba de Diomedes Díaz, empujado en una silla de ruedas con rumbo a quién sabía dónde, a llegar tarde a un concierto, o no llegar y seguir esparciendo su miseria. La vista no era nada agradable. También vi a Juan Gabriel Vásquez, el escritor colombiano. Unos días antes había acabado de leer Historia secreta de Costaguana, una de sus novelas; muy buena, por cierto. Si la hubiese tenido le habría pedido la firma.

La sensación de irrealidad continuó dentro del avión. Las alegrías sencillas suelen ser muy grandes. La falta de mundo jugaba a mi favor. Ya no me acordaba cómo se sentía viajar en avión. La primera vez fue como a los cuatro años, un viaje a Cali a visitar a un tío. No sabía si me iba a asustar o no. Si las turbulencias me iban a recordar a Dios. Y aunque hubo turbulencia, en general las cinco horas y pico de vuelo fueron muy buenas. Embelesado por la vista a través de la ventanilla, trataba de fijar en la memoria todos los detalles posibles. Vi por primera vez el mar, aunque fuera a miles de metros de altura. Cuando no había nubes era difícil distinguir entre el cielo y el océano; la línea del horizonte se desvanecía y todo parecía el mismo azul. A veces parecía que el avión estuviera inmóvil, suspendido en el cielo sin ir a ninguna parte. Pero luego volvían los bancos de nubes para hacer sentir el movimiento, así como las islas del Caribe que allá abajo aparecían y pasaban.

Hasta que la vimos: la costa de los Estados Unidos, con ese trazado que recordaba a los mapas vistos una y mil veces. Y el avión entró al país.

I can talk Washington too

El avión tocó tierra y se detuvo poco a poco. Por la ventanilla, el aeropuerto de Dulles se veía gris: no nevaba, pero se intuía el frío en el aeropuerto en donde John McClane tuvo una de sus Navidades problemáticas y se enfrentó a unos militares rebeldes, y a la imbecilidad de los “chicos buenos”. Tomamos nuestras pertenencias y salimos del avión hacia el transporte que nos llevó a la zona de inmigración. No había mucha gente. Avanzar por los pasillos fue fácil y había personas indicando el camino, entre ellas un amable viejo que hablaba algo de español. Fue la primera muestra de algo que notaría en los días siguientes, y es la cantidad de viejos en Estados Unidos que siguen trabajando. Algunos por gusto, otros por necesidad; los segundos dan una sensación de desconsuelo, porque es muy triste tener que trabajar hasta esa edad.

En inmigración llegaron las preguntas de rigor, contestadas casi todas por mi cuñado, el único que ya había viajado a los Estados Unidos, y la toma de las huellas dactilares. El agente Imron fue muy amable: no hubo nada de agresividad y sí muchos ‘OK’ seguidos. Estuvo bien la entrada por Washington, pues me han contado que por Miami es otra la historia. Todo aprobado: bienvenidos a los Estados Unidos de Norteamérica.

Yippie kay yay, motherfucker!

Enfrentarse a una nueva ciudad da un poco de miedo. Los taxis no son opción cuando los fondos son limitados, así que hay que buscar una ruta con buses, metro o tranvía. Por eso, luego de recoger las maletas, el primer paso fue conectarse al Wifi del aeropuerto para ver cómo llegar al hotel: por fin los teléfonos inteligentes servían para algo más que embrutecer gente. Google Maps es una herramienta salvadora, muy útil para confeccionar la ruta hacia el hotel: debíamos tomar el bus 5A hasta la estación Rosslyn y allí tomar el metro, que nos dejaba a unas cuadras del mismo.

Unos policías nos indicaron hacia donde quedaban las paradas y nos dispusimos a salir. Yo arrastraba la maleta con expectación. Las puertas automáticas se abrieron y entró el viento helado: la primera muestra de lo que es un invierno. Nada insoportable, pues advertido como iba de que el frío era terrible, tenía un buen abrigo y ropa interior térmica. Caminamos hacia las paradas, buscamos a un lado y otro del andén el lugar donde paraba el 5A. Cuando por fin lo encontramos, tuvimos que reunir el dinero de los pasajes: allá siempre hay que dar la cantidad exacta, lo cual es un problema cuando uno lleva billetes grandes, de veinte y cien, los únicos que nos dieron en la casa de cambios. Luego la conductora nos indicó cómo meter el dinero en la

máquina.

Lo bueno de los buses es que dejan ver el paisaje por el que uno se mueve y, además, las caras del resto de la gente y lo que hacen. Como el señor recién salido del trabajo, almorzando un sándwich con una Coca Cola y una Snickers de postre; o el que miraba concentrado unas hojas donde estaban los prospectos de apuestas para el Super Bowl que se jugaba el domingo siguiente; o el joven en la parte de atrás, con su pinta hipster y pendiente, durante gran parte del trayecto, de su iPhone, soltando cada tanto una risita. Yo observaba con la avidez del viajero primíparo. Aún no terminaba de creerme el hecho de estar en Washington, de ir a conocer lugares que forman parte del imaginario colectivo de gran parte de la humanidad. Gracias al cine, sobre todo.

Cada vez se veían más construcciones y gente: entrábamos a la ciudad. Pendientes de cuanto letrero de señalización hubiera, para no irnos a pasar, llegamos a Rosslyn, nuestra parada. Había edificios en construcción, andamios, transeúntes apurados para entrar y salir de la estación del metro. Nosotros avanzamos con nuestras maletas hacia las ventanillas para comprar el pasaje, pero no había nadie. Para comprar el tiquete era necesario entenderse con unas máquinas apostadas en una de las esquinas de la estación. El costo del viaje dependía de la estación a la cual nos dirigíamos y la hora. Y como era la “hora pico”, pues era más caro. Las instrucciones estaban en las máquinas, eran largas y algo confusas. Para rematar, varios de los aparatos no tenían vueltas para dar y tocaba insertar la cantidad exacta, como seis dólares con cincuenta centavos. Otra vez a conseguir sencillo. La gente hacía su transacción rápido con la máquina y yo me sentía muy bruto. Pero reunimos el dinero y mi cuñado se dio mañas con el aparato y obtuvo los pasajes. Eso sí, me quedé pensando que un rostro detrás de una ventanilla suele ser de mucha ayuda, sobre todo para quien no sabe bien cómo funciona el medio de transporte.

Pasamos por los torniquetes y caminamos hacia las escaleras eléctricas que llevan hacia el subterráneo. Hacíamos un estorbo inmenso con las maletas: la gente bajaba apurada y nos esquivaba como podía. Supongo que varias personas nos odiaron. Una vez abajo ubicamos el lugar donde debíamos coger el metro. Por primera vez en mi vida iba a subirme a uno. El techo abovedado hacía eco de los pasos y las voces de los pasajeros y anunciaba la llegada del tren. Las puertas se abrieron y con afán entramos a buscar un lugar para sentarnos. El vagón no estaba muy lleno y los cuatro encontramos asiento: ya empezaba a parecerme mejor que el Transmilenio. Se puso en marcha rápidamente y luego de un par de paradas llegamos a la estación cercana al hotel. El trayecto no tomó más de quince minutos. Eso fue lo más impresionante: la velocidad. Acostumbrado al tráfico de Bogotá, parecía

increíble poder llegar tan rápido a nuestro destino. Ahora era cuestión de encontrar la salida hacia la calle correcta. Nuestra cara de búsqueda hizo que una señora se acercara a mi hermana y le ofreciera ayuda. La paranoia que nunca me abandona me puso alerta, por si querían robarnos o algo por el estilo. No fue así, sin embargo, y la señora nos indicó el camino. Creo que no se me puede culpar demasiado: un turista con cara de perdido es la víctima perfecta. Menos mal no fue el caso y, por el contrario, encontramos a alguien que nos ayudó. Subir a la velocidad de las escaleras eléctricas era como una escena de expectativa en cámara lenta. Arriba, afuera, estaba Washington D.C.

En Jugada de Presión, Paul Auster describe la sensación de espacio que dan las graderías de un estadio de béisbol, tener el campo de juego enfrente, luego de haber pasado por el metro y las filas y la multitud. Algo similar se siente al salir de la estación del metro a la calle. En ese momento sentí no solo el espacio, sino el hecho de haber logrado llegar a la ciudad, de estar de viaje por primera vez en un país extranjero. Hasta ese instante no había sido consciente del todo de ese hecho. Parado en esa calle lo percibí completamente. Deslumbrado, miré hacia el edificio al otro lado de la estación, a lo largo de la calle a derecha e izquierda, hacia arriba a los techos y las ventanas que alcanzaban a reflejar la luz de la tarde de invierno. Aunque unos meses antes pareciera imposible, ahí estaba. El corazón me latió más fuerte y sonreí.

Caminamos, siempre acompañados por el sonido de los rodachines de las maletas, hacia el hotel que no quedaba muy lejos. Noté a varias personas con la misma camiseta de hockey: era la de los Washington Capitals, que esa noche tenían partido. También llamaron mi atención los semáforos peatonales y su conteo regresivo: uno sabía los segundos exactos restantes para cruzar y así decidir si esperar o correr como un demente hasta la otra acera. Todo se veía muy ordenado y limpio, el tráfico en esa zona no era caótico. La ciudad nos recibía con cara amable.

Situado en una esquina, en el 900 F Street, vimos el hotel: el Courtyard Washington Convention Center, un edificio rectangular de piedra entre gris y blanca que alguna vez fue un banco. En la parte baja, donde está el restaurante, aún conservan en una de las paredes la entrada a la bóveda de seguridad, una de esas puertas de acero redondas y gruesas, hechas para resguardar el dinero y mantener a raya a los ladrones; excepto a los que fundan un banco, claro.

En la entrada había un portero, un negro altísimo que se frotaba las manos y les echaba su aliento para calentarse. Fue el primero de una serie de porteros y celadores que vi durante el viaje que eran muy graciosos y botaban buena onda.

-Hey guys, are you staying with us? –nos preguntó.

-Yes.

-Well, Come on in! It’s too cold to talk outside!

Y entramos porque de verdad hacía frío para hablar afuera. Las puertas automáticas daban paso a un recibidor amplio: hacia la derecha estaba el lobby y hacia la izquierda, el bar del hotel. En el fondo del corredor estaban los ascensores. Seguimos hacia la derecha para registrarnos. El encargado nos recibió, confirmó las reservas y nos ofreció ayuda por si teníamos alguna duda. De momento no teníamos ninguna, así que terminó por indicarnos cuál era nuestra habitación y señaló el importantísimo detalle de que el bar estaba enfrente. Luego lo visitaríamos.

Subimos y encontramos nuestra habitación. Espaciosa y con dos camas dobles, dos grandes ventanas con vista a la calle, un escritorio, un mueble con un televisor pantalla plana, una mesita de noche (con la infaltable Biblia en uno de sus cajones, Gideon International las distribuye a todos los hoteles de Estados Unidos) y un baño amplio con tina. Era una elegante y hermosa habitación, y gracias a la temporada baja nos salió barata: en otra época del año hubiera sido impagable para nosotros. Nos dispusimos a descansar un rato, llamar para avisar que ya estábamos instalados en el hotel y que todo iba bien.

Cuando salimos a dar una vuelta ya anochecía. Por supuesto, el frío estaba peor y corría un viento helado que castigaba la cara. Entendí entonces la necesidad de tener una barba poblada cuando uno vive en zonas invernales. Y yo con este ‘lampiñismo’ tan miserable. Seguimos caminando por los alrededores del hotel y hacia el National Mall. Entramos en una tienda de recuerdos: a las habituales chucherías referentes a la ciudad, su historia y sus monumentos, se sumaban los remanentes del ‘merchandising’ producido para la posesión de Obama, que había sido unos días antes. Gorras, pocillos, stickers, camisetas, una locura. Los gringos de todo hacen un negocio y todo lo vuelven Disneylandia.

Caminamos un par de cuadras más cuando, al cruzar una calle, miré hacia la izquierda y lo vi: lejana en la noche, la cúpula iluminada del Capitolio. Fotos, claro que sí. Emoción. Ese edificio portentoso era un anuncio de las cosas maravillosas que íbamos a ver y a experimentar. Esa misma noche vimos edificios y monumentos en plazas y parques. Pasamos por el edificio del tesoro y alcanzamos a ver la Casa Blanca. Pero sería al día siguiente cuando veríamos todo con mayor atención. Por el momento, luego de tanto caminar, decidimos ir a buscar algo de comer y volver al hotel a descansar. Casi todos los restaurantes estaban cerrados. Hasta que llegamos, como no podría ser de otra forma, a un McDonald’s.

Un McDonald’s lleno de indigentes. Sí: esa franquicia ubicua, que en Colombia terminó por convertirse en un símbolo de estatus, un restaurante costoso y un favorito del arribismo, en Washington estaba llena de personas sin hogar. Y lo estaba porque la comida es muy barata. Tal vez porque las hamburguesas parecen hechas de cartón y el queso de plastilina. Pero el punto es que los precios son tan bajos que recogiendo monedas uno puede alcanzar a comprar una hamburguesa con papas y gaseosa; McDonald’s no es ese sitio ‘exclusivo’ que en Colombia han querido pintar. Para nada.

*

Al siguiente día nos levantamos temprano. Había mucho por hacer y la ansiedad feliz de conocer la ciudad hacía de la madrugada poca cosa. Cuando estuvimos listos bajamos al restaurante del hotel para desayunar. Con la barriga llena salimos al frío mañanero y emprendimos camino hacia el National Mall. Al principio no quise ponerme el gorro. No creí que hubiese problema y empecé a caminar así. Pero un par de cuadras después, noté que tenía heladas las orejas. De hecho, llegó un momento en que prácticamente no las sentía y creí que si me las tocaba iban a partirse. Así que, con todo y la aversión al gorro, fue necesario usarlo. Mis orejas revivieron. El aprendizaje del invierno aumentaba con cada salida.

En el camino encontramos varias de esas máquinas dispensadoras de periódicos, donde uno echa una moneda y, en un acto de civismo probablemente imposible en Colombia, toma solo un ejemplar y vuelve a cerrar. Pero no nos funcionó, o no lo supimos hacer (seguramente lo segundo). Nos quedamos con las ganas de tan gringa experiencia.

Llegamos a la Casa Blanca, que con la luz del día cambiaba su apariencia. Había varias personas viéndola y tomándose fotos. Había policías, también. Y ardillas: en el césped y los árboles, y cruzaban la calle por donde llegamos, una calle cerrada donde solo había una patrulla parqueada. Negra y blanca y con las luces rojas y azules encima, como en las películas.

Nos alejamos de allí, del 1600 Pennsylvania Avenue, la que debe ser la dirección más famosa del mundo. Entonces, ahí cerca, por el camino hacia la calle que lleva a los demás monumentos, nos topamos con grupo de argentinos, un hombre y dos mujeres, los primeros de muchos argentinos que encontramos en ese viaje, como si estuvieran regalando los pasajes desde Buenos Aires a los Estados Unidos.

Por el camino, vimos la otra cara de la Casa Blanca. La fachada que se ve explotar en Día de la independencia, la más famosa. Atravesamos céspedes muertos por el invierno hasta ver el monumento a Washington. El obelisco es verdaderamente impresionante, aunque estaba un poco golpeado por el clima. Alrededor había varias banderas estadounidenses, dispuestas en círculo. Nos

dirigimos entonces hacia el monumento a Lincoln. En los parques situados en el camino había estanques congelados y jugamos con el hielo, lanzamos pedazos que se rompían al chocar con la superficie congelada del agua y se esparcían, deslizándose como patinadores. Parecíamos niños y de alguna manera lo fuimos.

Pasamos por el edificio de la OEA. Y, para mi sorpresa, ahí cerca hay una estatua de Simón Bolívar. No tenía en mis cuentas que en Washington hubiese una estatua ecuestre de Bolívar. La donó el gobierno venezolano en 1967. También hay una de Artigas.

El monumento a Lincoln tiene al frente un largo estanque, ése en el que se metió Jenny cuando Forrest Gump dio su discurso inaudible ante miles de hippies. Caminamos por una de sus orillas hacia el monumento. No estaba del todo congelado y reflejaba el cielo gris. Había gente pero no era una multitud. Con cada paso hacia las escaleras que llevan al monumento, yo me emocionaba más. Empecé a subir con el corazón agitado, con expectación. Atrás de las columnas ya se veía, ensombrecida, la estatua de Lincoln. Y una vez pasé esas columnas ahí estaba, clara, blanca e impresionante. Supongo que quedé con la jeta abierta. Lo importante fue que no dejé escurrir la saliva, o se me hubiera congelado en la cara. Era como estar en un santuario de piedra donde la historia nos contemplaba. Yo miraba la estatua atónito, iba a un lado y al otro, observando desde todos los ángulos posibles para fijar las imágenes en la memoria. A pesar de la demás gente en el sitio, era como estar solo allí, sin más ruido que el de mis pensamientos y mi corazón emocionado. Entonces fui hacia la derecha; en la pared estaba el discurso de Lincoln en su segunda posesión como presidente. Lo leí todo, porque no queda más remedio frente a palabras tan bien dichas. Luego fui al otro extremo del monumento, donde estaba, también en la pared, el discurso de Gettysburg, más famoso que el primero, ambos piezas excepcionales de oratoria. Lincoln fue un prominente orador, y uno solo puede pensar en lo emocionante que debe haber sido escuchar esas palabras pronunciadas por él.

Una vez más frente a la estatua, saboreaba el momento tratando de extenderlo lo más posible. Tomé fotos. Luego fui hacia la tienda de recuerdos. Una vez más noté la inacabable habilidad de los gringos para el mercadeo: la tienda era pequeña pero muy bonita, llena de libros sobre Lincoln y la Guerra de Secesión, básicamente, y postales, stickers, afiches, rompecabezas, etc. Y unas réplicas de documentos históricos que son geniales. La primera que vi fue la del discurso de Gettysburg y ya me disponía a comprarla cuando mi hermano vio un combo ganador: la Declaración de Independencia, la Carta de Derechos (Bill of Rights), la Constitución y el discurso de Gettysburg en un solo paquete y barato. Terminé comprando eso y una edición muy bonita, pequeña, con citas de Lincoln, que como ya dije tenía una elocuencia

admirable. Recuerdos para guardar por siempre.

Salimos del monumento y bajamos las escaleras. Paramos en el punto donde Martin Luther King pronunció el que debe ser su discurso más famoso. Ésa también fue una sensación sublime, estar ahí parado donde se dijeron algunas de las palabras más recordadas e importantes del siglo XX en Estados Unidos. Un punto simbólico lleno de significado. El "I have a dream" me sonó muy adentro en ese instante, me recordó el valor de los hombres capaces de luchar contra la marea de la historia. Seguimos hacia la base del monumento, donde hay un pequeño museo sobre Lincoln y la lucha por abolir la esclavitud, así como apartes sobre la lucha por los derechos civiles en los años sesenta. Allí, una niña pequeña que visitaba el museo con su papá, le preguntó con su vocecita tierna de qué color tenía la piel Abraham Lincoln.

A la salida del monumento tuvimos un momento digno del celuloide: nosotros, que viajamos en febrero para poder ver la nieve, vimos con emoción, parados en aquellas escaleras, que empezaban a caer pequeños copos de nieve, ligeros y escasos, traídos por el viento. Nos quedamos quietos, con las manos extendidas para tratar de capturar una o dos hojuelas y poderlas ver con atención. Miramos al cielo para verlas caer. No empezó una nevada con todas las de la ley, pero fue un aviso.

Seguimos nuestro camino. Pasamos por el monumento de la guerra de Corea, unas estatuas de soldados que parecen caminar en medio de una selva hacia una batalla, o patrullando, o esperando un ataque enemigo. Las estatuas están al nivel del suelo, se pasa entre ellas por un sendero. Ninguno tiene cara de ser uno de los colombianos que fueron a Corea a pelear una guerra que no era suya.

Enseguida pasamos también por el monumento de la Segunda Guerra Mundial. Es como una pequeña plaza, con unos pasadizos entre columnas a cada costado. En un lado se conmemora a los combatientes del frente occidental y en el otro a los del Pacífico. En cada lado hay una estatua de un águila sobre una corona de laurel. En las paredes de adentro hay unos recuadros que muestran escenas de guerra, tanto de un frente como del otro. En el fondo hay una fuente, que estaba apagada, y un muro con estrellas que representan a los caídos en la guerra. Un monumento muy bonito, evocador e imponente, para recordar uno de los episodios más deleznables de la historia humana. Una imponencia que deja en claro cuál fue la potencia que salió triunfadora y más beneficiada de la guerra.

Mientras continuamos el recorrido a lo largo del National Mall, vimos a varias personas trotando. Ya habíamos visto algunas la noche anterior. Pensé en el nivel de compromiso que uno debe tener para salir a trotar con semejante frío, sobre todo en la noche. Se veía a corredores con las caras rojas por el

castigo del viento helado. Algunos hasta iban en pantaloneta, por lo que las piernas también se les veían rojas. Se necesita ser disciplinado para salir a trotar así; para salir a trotar, en general, pero con ese frío aún más. Yo alargaría lo más posible mi tiempo entre las cobijas. Así me lo indica mi alma de gordo.

Decidimos visitar el Museo del Holocausto, a unas cuantas calles del National Mall. La Segunda Guerra Mundial es una vieja obsesión para mí, desde los tiempos del colegio, y trato de ver y leer todo lo relacionado con eso que pueda. En ese orden de ideas, la visita a ese museo era necesaria, obligatoria. Fue una experiencia realmente sobrecogedora.

De entrada empiezan los golpes al ánimo. En el primer piso hay una fotografía de un guardia del museo asesinado por un supremacista blanco, de esos que niegan el Holocausto y son más racistas que volverlo a decir. El tipo algo quiso hacer contra el museo y el guardia trató de impedirlo. Murió cumpliendo con su deber, como suele decirse. El guardia era negro.

El museo tiene cuatro pisos, que marcan distintas fases de la situación de los judíos en Alemania antes y durante la guerra. La exposición empieza en el cuarto piso. Se sube por un ascensor grande, como de carga. Los guías esperan a que se forme un grupo que quiere iniciar el recorrido y lo suben. Junto al ascensor hay unas pequeñas cartillas y a cada uno le hacen tomar una. Son historias de víctimas reales de los nazis. Hay de hombres y mujeres: los hombres tomamos historias de hombres y las mujeres de mujeres. Se debe leer una página en cada piso. Así conocí la historia de Wilhelm Edelstein, nacido el primero de julio de 1914 en Viena, el mayor de dos hermanos. Debido a la Primera Guerra Mundial, él y su familia tuvieron que trasladarse a Hostoun, cerca de Praga, el pueblo de origen de su madre. Después de la guerra regresaron a Viena, donde su padre se había quedado por la zapatería de la que era dueño. El joven Wilhelm trabajó para su padre. Poco tiempo después del Anschluss, Wilhelm fue arrestado por salir con una mujer cristiana, lo cual estaba prohibido por la ley nazi. Fue liberado con la condición de que dejara Austria en el término de treinta días, por lo que, en compañía de un amigo, se dirigió hacia la frontera checoslovaca. Luego de varios intentos fallidos logró cruzar ilegalmente; se quedó en Praga con unos familiares. En 1941 fue deportado al gueto Theresienstadt y luego al de Riga, en Letonia, donde se le puso a cargo de un grupo de prisioneros que pelaban papas en la “sección alemana” del gueto para judíos del Reich. Fue deportado a varios otros campos hasta llegar a Troeglitz, un subcampo de Buchenwald. Allí hizo contacto con un campesino cristiano de afuera del campo, que viajaba a menudo a Viena y se las arregló para llevar pan enviado por la tía de Wilhelm y pasarlo a escondidas dentro del campo. En marzo de 1945 Wilhelm fue deportado al campo de concentración de Bergen-Belsen. Murió pocas semanas antes de que el campo fuera liberado por el ejército británico el quince de abril

de 1945.

Es distinto el sufrimiento cuando se le pone cara, cuando la estadística tiene un nombre y una historia.

Subimos hacia el cuarto piso para empezar el recorrido. El ambiente del museo es oscuro, a media luz. Como una pesadilla. Una pesadilla opresiva de una de las noches más largas y tenebrosas que ha tenido la humanidad. No es necesario contar aquí de nuevo toda la historia que abarca el museo, desde el ascenso del nazismo, las leyes de Nuremberg, el inicio de las deportaciones y los campos de concentración y exterminio. Eso es bien conocido y hay excelentes libros de historia y novelas que lo cuentan muy bien. Hablaré, más bien, de la tristeza que se le asienta a uno en el corazón al recorrer ese museo, al ver lo que allí se exhibe: objetos reales que pertenecieron a los prisioneros, réplicas, videos. Todo configura un testimonio del Holocausto, de ese episodio terrible de la historia cuando los hombres usaron toda su racionalidad y frialdad de cálculo para exterminar a sus semejantes.

Los objetos que de verdad estuvieron en los campos de concentración y los guetos, o sus réplicas, son de las cosas más escalofriantes del museo. Una copia exacta de un muro del gueto de Varsovia me hizo palidecer un poco, así como la réplica del letrero puesto a la entrada de Auschwitz, esa frase que con el más bajo de los cinismos, como una burla a todo el dolor, el hambre y la muerte contenidos dentro de las alambradas, decía Arbeit macht frei: “El trabajo los hará libres”. Con los objetos reales la sensación fue aún peor: los uniformes a rayas que los prisioneros debían usar; las literas donde debían hacinarse para intentar descansar un poco, para alcanzar un sueño siempre insuficiente y repleto de ansias de comer, castigado por pulgas, piojos y garrapatas y los demás cuerpos intentando dormir. Especialmente opresivo fue el hecho de estar adentro de uno de los vagones usados para transportar a los prisioneros hacia los campos, un eslabón de uno de los trenes de muerte descritos por Primo Levi en Si esto es un hombre. Era pequeño y terrible, apenas unos cuantos pasos de extremo a extremo y unas ‘ventanas’ nimias, con barrotes: en vagones por el estilo podían meter hasta cien personas, en viajes de días enteros hacia el infierno.

Sin embargo, entre todas las cosas horribles, la peor fue la de los zapatos. En uno de los tramos del recorrido hay un pasillo angosto; a cada lado, tras unos cristales que llegan arriba de la cintura, hay zapatos, miles de zapatos que pertenecieron a las víctimas del régimen nazi. Están ahí regados, testigos de la crueldad humana, efigies de los seres humanos inmolados. Es difícil asimilar esa cantidad de zapatos juntos (y apenas es una parte de todos los que se encontraron al liberar los campos. Imagínense ustedes lo que debe ser verlos todos, de verdad todos juntos). Y el olor. El olor es lo más impresionante. El olor a cuero viejo, a sudor, a muerte, un hedor agrio que se le queda pegado a

uno por dentro. Dan ganas de llorar, de desafiliarse de la condición humana (como casi todo en ese museo). Sobre los zapatos, en una pared blanquísima, hay un fragmento de un poema de Moses Schulstein:

We are the shoes, we are the last witnesses.

We are shoes from grandchildren and grandfathers,

From Prague, Paris and Amsterdam,

And because we are only made of fabric and leather

And not of blood and flesh, each one of us avoided the hellfire.

(Nosotros somos los zapatos, somos los últimos testigos.

Somos zapatos de nietos y abuelos,

de Praga, París y Ámsterdam,

y como solo estamos hechos de tela y cuero

y no de sangre y carne, cada uno de nosotros se salvó del fuego del infierno.)

Piensa uno, de nuevo, en todo el terror que representan esos zapatos. En las lágrimas, los gritos, el abuso, el despojo. En todo el daño que el hombre puede hacerle al hombre. En lo bajo que nuestra especie es capaz de caer.

Pero en toda esa oscuridad hubo algo de luz. Puede que no fuera mucha, pero podía vencer a la oscuridad, parafraseando a Charles Bukowski. Parte de la muestra del museo incluye videos, tanto de los hechos sucedidos en Alemania durante el ascenso y el régimen de los nazis, como entrevistas y testimonios de sobrevivientes del Holocausto. En uno de esos testimonios, un hombre contaba sobre un día de Yom Kippur en el que estaban trabajando en una fábrica. Los nazis no permitían a los judíos celebrar ninguna de sus fiestas, así que el descanso estaba fuera de discusión. Durante la extenuante jornada de trabajo hubo un momento en el que se fue la luz. La fábrica quedó a oscuras y los prisioneros judíos, sin saber qué hacer, se quedaron de pie en sus puestos. Entonces, uno de ellos decidió sentarse y entonar un canto ceremonial del Yom Kippur (no recuerdo el nombre, por desgracia). Los prisioneros empezaron a sentarse y a cantar, todos juntos, en la oscuridad. Por un momento se alejaron de allí. Por un momento descansaron y se sintieron protegidos. Por un momento dejaron de ser prisioneros.

Y estuvo la resistencia. La gente que no se dejó aplastar. Los que se organizaron para sabotear el dominio nazi sobre sus países, para salvar vidas. Entre todos los ejemplos de dignidad y valor, para mí sobresale uno: la rebelión del gueto de Varsovia. El levantamiento tuvo lugar en 1943: los judíos hacinados y humillados del gueto se rebelaron contra los nazis, ante las deportaciones masivas hacia los campos de concentración y exterminio de las

que eran objeto. Durante varios días tuvieron en jaque el dominio alemán sobre el gueto, peleando en las calles y escondiéndose hasta en las alcantarillas. Mujeres, niños, ancianos, todos pelearon. La brutalidad nazi terminó por aplastarlos, pero tuvieron la entereza de luchar, de responder, de intentar, por imposible que fuera, detener a sus opresores. Dieron una lección admirable de dignidad y valentía. Entre sus líderes había un joven judío polaco, Mordechai Anielewicz, que se me convirtió en héroe personal luego de conocer su historia. Un héroe por el hecho de levantarse y apretar los puños cuando casi todos estaban de rodillas y con las manos en alto. Se necesita mucha valentía para oponérsele, solo con palos y piedras, a esa máquina de moler seres humanos que era el régimen nazi. Anielewicz y los demás insurrectos nos recuerdan que aún en la peor de las circunstancias, hay seres humanos capaces de conservar el impulso de sobrevivir, de enfrentarse a la injusticia y de resistir hasta las últimas consecuencias. ¡Warszawa, walcz!

Al final del museo hay un salón llamado Hall of Remembrance. Es un salón luminoso, solemne, silencioso. En el fondo hay una llama, siempre ardiendo en recuerdo de las víctimas del Holocausto. Alrededor hay unas cuantas gradas para sentarse por un momento y pensar. Es un lugar destinado al recuerdo y a la reflexión. Y ahí se queda uno quieto, abrumado por todo lo que acaba de ver y sentir, con el corazón arrugado y unas leves ganas de llorar. El ser humano puede ser terrible y cruel, pero siempre es necesario recordar que también puede ser bondadoso y compasivo. Pero se necesita valor para ello, porque es más fácil ser desalmado y dejarse llevar por la corriente de la sangre derramada. Detrás de la llama del salón pueden leerse unas palabras pertenecientes al Deuteronomio: “Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos, y a los hijos de tus hijos”.

Son los deberes de la memoria, para que algo así nunca se repita. Nunca más.

Pasamos por la tienda de recuerdos y la librería. Me pareció valiosísimo el esfuerzo del museo, no solo por recordar el Holocausto, sino por reflexionar acerca de los genocidios en general y las formas de evitarlos. Venden bibliografía al respecto, hay conferencias, etc. Un intento formidable por aportar desde la memoria a la no repetición de tragedias de tal magnitud.

Dejamos el museo y caminamos de nuevo hacia el National Mall. Ya teníamos hambre, pero nos podía más el deseo de seguir viendo monumentos y edificios. Recorrimos el largo camino hacia el Capitolio, flanqueado por museos a los que faltó tiempo para entrar. Hacía un poco más de frío. Llegando al Capitolio hay unas fuentes, donde el agua estaba semicongelada. Y estatuas enormes de un color azul verdoso. Ahí estaba Ulysses S. Grant en

su caballo, y los cañones y los soldados de la Guerra de Secesión. Atrás, con una imponencia muy propia del ego estadounidense, está el Capitolio, esa imagen que uno ha visto miles de veces en las películas. Es una vista majestuosa, que da una impresión de poder muy terrible. Me quedé apendejado, supongo que boquiabierto como un pelotudo, mirando cada detalle de esa estructura descomunal. Le dimos la vuelta para ver el edificio desde el otro lado, donde hay como una plaza y las escalinatas para entrar. No sentamos un rato para descansar y admirar y tomar fotos. Y entonces, comenzó a caer nieve.

Era la primera nevada de mi vida. Veía el viento traer los copos de nieve con una emoción infantil. Íbamos hacia el hotel mientras oscurecía y la nevada se hacía más intensa, la nieve me daba en la cara y quedaba sobre mi ropa y a mí me parecía una cosa extraordinaria. Me quedaba viendo hacia los faroles de la calle, que con su luz recién prendida hacían resaltar la nieve llevada por la ventisca, un halo frío atravesado por espinas de hielo. Nos lanzamos bolas de nieve, nos reímos, fijamos concienzudamente el momento en nuestra memoria. Caminamos en la nevada medio muertos de frío pero con el corazón caliente.

De todas formas, necesitábamos comer algo. Luego de pasar por un centro comercial atestado de gente y un par de restaurantes que no nos convencieron, terminamos comiendo cerca al hotel, en un sitio donde vendían paninis y sopa. El panini estaba espléndido, y la sopa de cangrejo, bien caliente, supo a gloria.

En el hotel descansamos un rato en la habitación, pero había algo importantísimo pendiente: tomar cerveza en el bar. Bajamos de nuevo y entramos por la puerta corrediza que conecta el lobby del hotel con el bar. Tenía mesas adosadas a las paredes con bancas altas, dispuestas en torno a la barra. Había harta gente: para eso es la noche del sábado. Procedimos a apurar cervezas servidas en vaso grande y a comentar los sucesos del día. Estábamos mamados de caminar, pero era ese cansancio feliz que lo invade a uno cuando un esfuerzo ha valido la pena. Y vaya que había valido la pena. Ni hablar de lo que faltaba por ver.

*

A la mañana siguiente nos levantamos temprano: yo tenía que ir al Hard Rock Café por un encargo que me hicieron (también en Filadelfia y Nueva York). Por suerte quedaba prácticamente a la vuelta del hotel. De camino, en otro golpe de suerte, estaban el Teatro Ford, donde le dispararon a Abraham Lincoln, y la casa al otro lado de la calle donde murió. Da como escalofríos estar en lugares así. Seguimos caminando y pasamos por el Barrio Chino de Washington, con su portal tradicional. En el camino de regreso, el sol se colaba más entre las nubes y en las aceras se veían unos pajaritos parecidos a los copetones; sus primos del norte, más rechonchos y con plumas abundantes,

del color del caramelo.

Volvimos por nuestras maletas para ir hacia la terminal de buses y salir de allí hacia Filadelfia. De salida nos ofrecieron conseguirnos un taxi, pero las razones presupuestales son buenos acicates para caminar, así sea en el frío y con maletas. Nos despedimos de los porteros; mi hermana dijo ‘gracias’, en español. Uno de los porteros respondió: “Prego. Buona giornata” en italiano.

A la terminal llegamos bien y rápido con la ayuda de san GPS. Justo a tiempo para tomar el bus, un bus azul de dos pisos que hasta Wifi tenía. Antes de subir, un hombre que parecía la imagen arquetípica del mochilero: barbado, con gorro de lana y maleta grande a la espalda, me preguntó si ése era el bus que iba a ‘Philly’, que es como los gringos le dicen a Filadelfia, como decirle Villavo a Villavicencio o Medallo a Medellín. Yo solté un yes seguro, contento de haber entendido bien, haber respondido y no haber quedado en ridículo.

Nos sentamos en el segundo piso, por supuesto. Antes de salir, la conductora nos habló por radio a los pasajeros: saludó y al no oír una respuesta, saludó de nuevo, diciendo que al parecer el bus estaba vacío. Todos tuvimos que saludar fuerte. ¿El nombre de la película para el viaje? No, no lo sabía. Cualquier cosa que viéramos por la ventana sería la película. Cosas así dijo y fue ataque de risa general. Luego arrancó y comenzó el trayecto hacia Filadelfia por una carretera amplia, con bosques nevados a lado y lado, y luego una bahía amplísima, cerca de Baltimore, donde había un barco enorme, como un crucero, y puertos y embarcaciones de varios tipos. Más bosques, carros, almacenes de cadena, el río Delaware y la carretera larga ante nosotros. Nuestra propia road movie.

Streets of Philadelphia

Filadelfia se anunció en la lejanía con unos puentes, esas estructuras descomunales de cables, concreto y metal que tanto usan en los Estados Unidos para conectar partes de las ciudades separadas por ríos. Cuando el bus entró en la ciudad, desde la autopista por donde íbamos se podían ver, en un solo golpe de vista, el estadio de fútbol americano y el de béisbol, donde juegan los Eagles y los Phillies, respectivamente. Deben estar apenas a unas cuadras de distancia.

Cuando el bus llegó a la terminal, la conductora nos despidió con las fórmulas habituales y nos bajamos para coger las maletas y empezar la travesía hasta donde nos íbamos a quedar, un apartamento acondicionado en una casa por una señora muy buena gente, que encontramos en Airbnb. Decía

en la descripción que como los hijos ya habían “volado del nido”, tenía el espacio disponible. Era más barato que un hotel, así que nos decidimos, aunque quedaba retirado del centro histórico de la ciudad. Presupuesto obliga.

La primera impresión fue que Filadelfia olía a industria, a humo, a caucho, a metal. El día gris reforzaba esa impresión. Lo que nos servía para llegar al apartamento donde nos quedaríamos era el trolley. Yo no me acordaba lo que era subirse a un trolley, básicamente porque no lo hacía desde que aún estaba en el útero de mi mamá. Nos servía el número trece con destino a Yeadon. Me lo aprendí de una porque me daba susto perderme y luego no saber cómo llegar. Los trolleys de Filadelfia tienen una capacidad similar a la de un alimentador de Transmilenio y también tienen tres puertas. A los costados tienen unas cuerdas de las cuales uno tira para indicar que va a bajarse. Hay paraderos casi en cada esquina, pero si nadie va a bajarse o a subir, el trolley sigue la ruta. Así que uno hala la cuerda y el conductor sabe que debe detenerse en la siguiente parada. Muy práctico.

Me causó curiosidad el nombre de la autoridad de transporte de Filadelfia: Septa (Southeastern Pennsylvania Transportation Authority). Sonaba muy parecido a séptico. Y el estado de la estación donde estábamos parecía darle razón a esa relación arbitraria e idiota que hizo mi cerebro: estaba bastante sucia. Incluso había gente que escupía en el suelo. No era un ambiente amigable. La primera parte del recorrido era bajo tierra, pero luego el trolley salió a la superficie. Calles frías donde se veía poca gente. Al fin y al cabo, era domingo de Super Bowl. El barrio al que íbamos era de casas muy tradicionales, como de postal de la ciudad, pero algunas estaban muy deterioradas, mal cuidadas. Nos bajamos en una esquina donde había una tienda y cuatro tipos con cara de pocos amigos, que se quedaron mirándonos mientras descendíamos del trolley con las maletas a cuestas. Yo vi a mi mamá repatriando mi cadáver. Y ni modo de fingir localía, con esa cara de desconcierto y cuatro maletas llenas. Por fortuna nada pasó, pero caminamos rápido para encontrar la casa. Estaba en la siguiente calle, doblando la esquina. Tenía una entrada cubierta, con escaleras y una baranda de madera, un espacio donde se puede poner una silla y sentarse a mirar la calle. Como Clint Eastwood en Gran Torino. Había dos puertas, la de la casa y la que llevaba al segundo piso, al apartamento donde dormiríamos esa noche. Timbramos y salió la dueña de la casa, una señora hecha completamente de buena onda. Su nombre era Mary, si mal no recuerdo. Con una sonrisa grande nos indicó que la llave estaba en un candado en la puerta y nos dio la clave. Era como una cajita plástica; al poner la clave dejaba sacar la llave. Abrimos la puerta y subimos la escalera empinada.

El apartamento era grande, con un dormitorio, baño con tina, cocina con mesón y una sala amplia. Descargamos todo mientras mi cuñado hablaba con

la dueña de la casa, para arreglar detalles y preguntarle si los taxis eran muy caros en Filadelfia, porque habíamos quedado un poco asustados, para qué negarlo. Ella le explicó cómo era el asunto con el barrio: de la calle donde quedaba la casa hacia arriba, era mejor no pasar (es decir, donde nos habíamos bajado del trolley). Hacia abajo el barrio era seguro y no había problema. Y los taxis no eran tan caros: al fin y al cabo no estábamos en Nueva York. Sabiendo eso alistamos todo para salir hacia el centro histórico de Filadelfia.

De nuevo el trolley, luego pasamos al metro, que nos llevó en un santiamén. Esa parte de la ciudad estaba más viva, pues había restaurantes y cafés abiertos. La gente estaba comiendo y de compras antes de guardarse a ver el partido. No hacía tanto frío mientras caminábamos por la avenida. Teníamos hambre, así que buscamos dónde comer. Encontramos un Subway. El empleado ya estaba alistando todo para cerrar, atendía a un cliente cuando entramos, pero algunas sillas ya estaban puestas encima de las mesas. Al vernos nos aclaró que ya estaba por cerrar y no podríamos comer en el local. De todas formas pedimos, aunque el tipo nos atendió de mala gana. Luego nos fuimos a comer a la plaza de comidas de un centro comercial cercano. Ciudad del Amor Fraternal mis polainas.

La idea era ir a Independence Hall. Llegamos a la plaza donde queda ubicado, junto con Congress Hall y la Campana de la Libertad. Pero no pudimos entrar: ya todo estaba cerrado. Se nos había hecho muy tarde. Nos tuvimos que conformar con dar una vuelta y ver todo desde afuera. Por un momento pensé que nos quedaríamos sin ver nada de eso por dentro, ni escuchar la historia de esos edificios y de lo que allí sucedió. Pero no sería así. Al siguiente día sería necesario levantarse más temprano para alcanzar a ver todo. Desaprovechar eso era una tontería de marca mayor.

Antes de irnos, nos pusimos a garabatear sobre la nieve de la reja que rodeaba Independence Hall. La nieve seguía siendo materia de fantasía y lo sería todo el viaje. Allí quedó un dibujo de amor al que le tomé una foto y se la mandé a mi novia, a miles de kilómetros en Colombia, en su oficina, pero siempre al lado mío. Uno también tiene su corazoncito.

Las calles estaban cada vez más vacías a medida que avanzaba la tarde. Recorríamos las aceras entre edificios de apartamentos y parques cuando encontré mi primer lucky penny, una moneda de un centavo tirada en el andén. Aunque luego me di cuenta de que no tiene mucho sentido que se le llame “de la suerte”: encontré varios en los días siguientes. Esas monedas son casi desechables allá, nadie las echa de menos si se pierden, ni lo notan. La mayoría de máquinas expendedoras ni las reciben. Su mayor valor es el de la anécdota, supongo.

El periplo nos llevó hasta Washington Square, una bonita plaza con un

parque que alguna vez fue cementerio para los soldados caídos en la Guerra de Independencia. Allí hay una estatua de George Washington y un memorial a esos soldados, con una llama siempre ardiente. Apenas si pasaron una o dos personas mientras estuvimos allí. La luz de la tarde, casi noche, le daba un aspecto melancólico a la plaza, con sus senderos entre los árboles desnudos, las bancas alargadas, frías y solitarias, el silencio apenas interrumpido por nuestras voces y nuestras pisadas sobre la nieve o algún carro pasando cerca.

Deambulamos un rato más, hasta que se hizo totalmente de noche. Caminamos entre los barrios, y luego hacia la avenida por donde habíamos llegado. Hicimos compras en un tradicional minimercado gringo, parecido al de Apu, y compramos lo del desayuno, para poder salir muy temprano al día siguiente. De ida hacia la estación del metro entramos en uno de los templos laicos de la cultura gringa: Starbucks. Valga aclarar que no fue solo a 'gorrear' Wifi, también a tomar café. A mi hermana el frío le tenía adoloridos los huesos y un café mocca podría salvar la patria. No está mal el café de Starbucks; no cambia la vida, pero sabe bien.

De nuevo en el metro nos subimos por el lado equivocado de la estación. Dimos vueltas y vueltas buscando dónde coger el metro que nos servía, pero estábamos en la plataforma contraria. Por suerte en Filadelfia el sistema era menos deshumanizado que en Washington, y una de las empleadas de las taquillas se dio cuenta de nuestro predicamento. Nos dio unos boletos para poder salir de la estación y entrar por el otro lado sin tener que pagar de nuevo. Cogimos el metro y después un trolley más bien lleno. Nos bajamos como dos calles antes de donde nos tocaba. Todo estaba oscuro y muy solo y yo bien paranoico. Pero llegamos bien. Procedí a darme un buen baño con agua caliente. En el televisor de la sala, donde estaba el sofá-cama donde dormía con mi hermano, puse la Super Bowl. Jugaban los Ravens de Baltimore contra los 49ers de San Francisco. Pero no lo vi todo: estaba muy cansado. Y el Flaco, mi hermano, se durmió antes que yo. No vio el triunfo de Joe Flacco.

Nos levantamos temprano con rigurosos turnos de baño para salir rápido. Desayuno de cereal preparado en yogur griego comprado la noche anterior, con jugo de naranja. Esperamos el trolley en la esquina, donde ya había como cuatro personas esperando. El pasaje costaba dos dólares, pero cuando subíamos me pareció que la gente solo estaba pagando un dólar. Así que yo solo metí un billete y pasé a sentarme. Luego, hablando con mis hermanos y mi cuñado, me di cuenta que ellos sí habían pagado los dos dólares. A lo mejor la gente que vi tenía derecho a algún descuento, de estudiante o tercera edad o algo así, no sé. El caso es que, sin querer, robé al estado de Pensilvania. Colombia viajó conmigo.

Llegamos como en veinticinco minutos (y eso que estábamos algo lejos),

lo que me hizo recordar con odio al transporte bogotano. Aún no habían abierto, así que vimos una exposición que está en las afueras: una excavación que encontró las bases de lo que fue una casa donde vivió George Washington. La exposición habla de esa casa y de la esclavitud, pues allí vivieron esclavos de la familia. Mientras leía los textos de la exposición y veía los videos (monitores al aire libre, quién lo hubiera imaginado), el frío empezó a hacer de las suyas con mi rinitis. Me escurría agua de la nariz y a cada rato me tocaba limpiármela. Sin embargo, hubo un momento en que tardé en limpiarme por estar leyendo. Mi hermano me vio y le dio risa: se me habían congelado los mocos. Me quedaron como escarcha en las fosas nasales. Curiosa manera de experimentar el invierno.

Por fin abrieron Independence Hall. La guía, una señora de uniforme, ojos claros y pelo rubio entrecano, nos preguntó de dónde veníamos. Le dijimos y nos dio unos folletos en español. Esperamos a que se formara un grupo de unas veinte personas para empezar el recorrido por el lugar. Allí se firmó la Declaración de Independencia y la Carta de Derechos. Aunque los muebles no son los originales de la época, recrean muy bien el ambiente: las mesas de los representantes de cada una de las colonias, los tinteros y las plumas, la chimenea, los cuadros. En el segundo piso hay un piano y un mueble para los mosquetes dispuestos en hilera, como tacos de billar con capacidad asesina. La entrada al campanario estaba cerrada por alguna razón de seguridad. A medida que la guía iba explicando todo lo relacionado con el sitio, los eventos que habían llevado a la redacción y firma de tan importantes documentos de la historia estadounidense, yo sentía despertarse al historiador que todavía queda en mí, ese tipo emocionado por aprender fechas (que olvida en un santiamén) y entender las razones y las bases del presente, el viaje de la humanidad a través del tiempo. Estar parado en lugares donde se hizo historia es una sensación fantástica. Imaginar a todos esos tipos creando un país es emocionante. Así sea un país que luego se dedicó a hacer en el mundo todo lo contrario a lo que dice su Constitución. Pero bueno, ahí estaba: imaginaba, trataba de aprender. Admiraba, en resumidas cuentas.

También entramos a Congress Hall, donde funcionó el primer Congreso de los Estados Unidos. Queda al lado de Independence Hall. Adentro había un solo guardia que leía sentado junto a la entrada. Se le veía algo aburrido. En el sitio estaban los asientos dispuestos en media luna, frente a un escritorio que ocupaba quién dirigía las discusiones. El sitio no era tan grande. Después de haber visto el Capitolio en Washington, se puede concluir sin lugar a dudas que Estados Unidos ha avanzado mucho. Por lo menos en cuanto a monumentalidad se refiere.

La siguiente parada fue la Campana de la Libertad. La tienen dentro de una construcción cuasifuturista, con cristal por todos lados para facilitar la entrada

de la luz. La campana está al fondo; antes hay una exposición sobre su historia, sobre las vicisitudes que atravesó y cómo se convirtió en símbolo de la libertad estadounidense. La campana se rompió varias veces y se intentó salvarla, pero al final se decidió desmontarla y conservarla como símbolo, con su rajadura que la recorre de arriba abajo. Cuando celebran el Cuatro de Julio, nos contó el guardia, hacen una ceremonia y la golpean con un pequeño martillo, en recuerdo de los primeros tañidos que anunciaron el esfuerzo por la independencia. La inscripción en la campana, cuya fuente es el Levítico 25:10, dice: “Proclaim liberty throughout all the land unto all the inhabitants thereof”, que traduce “Proclamad la libertad a través de toda la tierra a todos los habitantes de esta”.

Así terminó nuestra visita histórica. Quedó mucho por ver, pero un solo día en Filadelfia no nos daba para más. Faltó una cosa importante, que haré sin falta si algún día vuelvo: no alcanzamos a ir al Museo de Arte Moderno a subir las escaleras corriendo y celebrar como Rocky, y eso hay que hacerlo. Al menos yo, porque mis hermanos y mi cuñado no son tan ridículos como este servidor.

Volvimos al apartamento para recoger las maletas y salir hacia la estación de trenes. Recogimos todo rápidamente y bajamos, echamos la llave por debajo de la puerta, como nos había indicado la dueña, y nos fuimos.

Desde que estábamos planeando el viaje insistí en que yo tenía que hacer uno de los viajes en tren, así costara un poco más. Nunca había viajado en uno y siempre había querido hacerlo: en Colombia el tren no es común, a pesar de que nos pasamos medio siglo XIX jodiendo con los ferrocarriles, para dejarlos perder en un momento. Así que este viaje era la mejor oportunidad para sentir lo que es desplazarse en un tren.

La estación era preciosa. El edificio era de techo alto, por lo que daba una gran sensación de espacio. De allí colgaban unas lámparas grandes y cilíndricas. En los extremos había unas gruesas columnas, separadas por ventanales y abajo las puertas. Al nivel del piso, una estatua de un hombre alado que sostenía a otro, levantándolo del suelo, tal vez con la intención de llevarlo al cielo. Las bancas alargadas acogían a varios viajeros que esperaban la salida hacia su destino. Entre las bancas estaban los calentadores que daban una atmósfera menos invernal al interior de la estación. La gente entraba y salía, iba a las tiendas alrededor para hacer compras de último minuto, para comer o tomar algo caliente. Había puestos de revistas y periódicos.

Aún faltaba tiempo para el llamado a abordar el tren. En la banca de en frente se sentó a almorzar una mujer más bien joven. De hecho, había varias personas almorzando en las bancas. Personas solas. Es increíble la cantidad de gente que uno ve en los Estados Unidos que está sola: come sola, camina sola,

viaja sola. Habla sola. Es bien alto el nivel de aislamiento, más alto de lo que yo había visto.

Por fin hicieron el llamado. Nos dirigimos a la fila que ya se estaba armando, donde revisarían los pasajes para abordar. Descendimos por unas escaleras eléctricas hacia la plataforma donde llegaba el tren. Unos minutos después se anunció con el ruido sobre los rieles. Decía Tony Judt que ningún otro medio de transporte simboliza tanto la modernidad como el tren. Más allá de los avances tecnológicos y de medios más rápidos, como el avión, el tren permanece como testigo inmejorable de una época de la humanidad, de un salto hacia adelante en la capacidad humana para recorrer grandes distancias, para conectar pueblos y ciudades. Este tren en particular nos llevaría como en dos horas y pico a Nueva York. El vagón en el que nos subimos no estaba lleno, varias sillas quedaron vacías. Pude irme en un puesto de ventana, parte fundamental de la experiencia. Subimos las maletas a los portaequipajes sobre los asientos y nos acomodamos. El tren comenzó su marcha y poco a poco dejó la estación detrás. Ganaba velocidad y el paisaje se movía con mayor rapidez. El Estados Unidos suburbano aparecía y se deslizaba al otro lado del vidrio. Algunos barrios muy bonitos, con casas blancas de techos oscuros. Pero también había sectores desordenados y sucios, abandonados a su suerte. Postales de la exclusión.

Había unas cuantas paradas en el camino, estaciones de pueblos intermedios entre las dos ciudades. Solo recuerdo uno, Trenton, aun cuando todas las anunciaban. Supongo que estaba demasiado concentrado en ver por la ventana. Incluso tomé algunas fotos y un video corto. Trataba de conservar imágenes menos fugaces que las de la memoria.

Yo imaginaba los trenes más ruidosos. Seguramente alguna vez lo fueron, pero este de Amtrak no era estruendoso, apenas un rumor del veloz desplazamiento sobre los rieles. Viajar en un tren es como viajar al pasado y habitar felizmente el presente al mismo tiempo. Sobre todo cuando hay tanta expectación por el destino al que uno se dirige. La serpiente plateada iba segura y rápida hacia la Gran Manzana.

New York state of mind

Llegamos a Penn Station. La estación era como un hormiguero, una mini-ciudad funcionando frenéticamente bajo tierra. El siguiente paso era adquirir la tarjeta para entrar al metro. El trasbordo se hace en la misma estación, lo cual es una tremenda ventaja y ahorra un montón de tiempo. Fuimos hacia las máquinas donde se compraban las tarjetas. Uno puede escoger varias

opciones: el pasaje sencillo, por siete días, un mes. Si uno lo compra para varios viajes ahorra dinero. Siete días íbamos a estar en Nueva York, así que ésa era la opción perfecta. Veintinueve dólares. Metí treinta en la máquina y el cambio fue una moneda de un dólar, la única de ese valor que recibí en todo el viaje. Aún la tengo guardada. La tarjeta que salió tenía una foto muy bonita en blanco y negro del interior de Grand Central. También la conservé.

Lo siguiente era ubicar el metro que nos servía. El hotel donde nos quedaríamos era en Harlem. En la plataforma donde estábamos pasaban el 1, el 2 y el 3: todos decían Harlem. Nos montamos en uno a la loca, creo que en el 3. Sabíamos cuál era nuestra parada, pero aún no estábamos seguros de si ese metro paraba ahí. Afortunadamente un señor nos escuchó hablar en español y nos vio perdidos. Tenía un acento centroamericano, pero no pude descifrar exactamente el país. Me dijo que el metro en el que íbamos no nos servía, porque era como un expreso; teníamos que pasarnos al uno, el 'regional', que hacía la parada que nos servía. Nos bajamos en la siguiente parada y esperamos a que llegara el uno, lo tomamos y unos minutos después llegamos a la estación donde nos correspondía bajarnos, como en la Calle 135.

Aunque uno ha visto mil y una veces las calles neoyorquinas por televisión y en cine, estar ahí parado sigue siendo una sensación de descubrimiento. Uno empieza a identificar todos los elementos que ha visto, pero parecen renovados por la realidad y la cercanía, por su palpabilidad. Los semáforos, las escaleras de incendios, los buzones y los dispensadores de periódicos: todo está ahí, real, a la mano. Como si uno entrara en una de esas películas que ha visto.

Caminamos en búsqueda del hotel. Se llama La Maison D' Art y queda en una calle residencial de Harlem, con autos parqueados a lado y lado junto a las aceras. No es propiamente un hotel: es una casa igual a las demás de la cuadra, con escaleras hacia la entrada principal, y al lado una reja por donde se pasa a la parte baja de la casa, donde queda la oficina de recepción del hotel. Junto a las rejas están las canecas donde uno deja la basura cuando se va. La Maison D' Art solo se distinguía de las demás casas por su puerta roja.

Mi cuñado golpeó en la puerta de abajo, en la oficina, como nos habían indicado. Una chica joven nos abrió y con amabilidad nos dijo que en un momento nos abría la puerta. Nuestra habitación estaba situada en el primer piso. Era muy bonita, decorada con un papel de colgadura negro y blanco. Contaba con una cama doble y un sofá-cama, una mesa redonda para comer junto al mesón donde había un lavaplatos y una nevera pequeña debajo; un baño con tina, el clóset, un televisor sobre una mesita y un escritorio muy bonito, negro, de apariencia antigua, con una silla de cuero que parecía la pareja perfecta para el escritorio. Ahí me senté en las noches a tomar notas sobre lo sucedido en el día para escribir luego este intento de crónica de viaje. Las ventanas daban hacia el patio trasero de la casa, encerrado en una cerca de

madera, donde en épocas de mejor clima los huéspedes pueden salir a sentarse y charlar. Había una mesa rectangular con sillas de jardín, un par de bicicletas y, curiosamente, una mesa de planchar vieja que tenía encima una plancha de esas de hierro, de las de antes, aparatosa y jubilada. En la pared de atrás se alcanzaba a ver parte de un grafiti de varios colores, donde decía, con letras de esas que parecen globos inflados, La Maison.

Al rato de estar ahí, vino una de las dueñas del hotel, Stéphanie, una señora muy buena gente que hablaba muy buen español (además de francés e inglés). Nos explicó todo lo relacionado con las reglas del hotel, la posibilidad de hacer llamadas telefónicas (se podía llamar, pero solo a teléfonos fijos), nos entregó unas guías sobre sitios de interés en Harlem a los que podíamos ir y luego cobijas y sábanas para el sofá-cama. Hasta nos dijo qué servicios del metro eran los indicados para ir al centro de Manhattan. Casi como estar en casa.

Esa primera tarde salimos a dar una vuelta por el barrio, y conocer la zona de Harlem. Sin un rumbo definido, caminamos por los alrededores. Había mucha gente por la calle, seguramente volviendo del trabajo. Calles llenas de vida a pesar del frío y otras más silenciosas, las más residenciales. Las vías principales estaban más vivas, con carros circulando y transeúntes en las aceras y los almacenes, los edificios escupiendo y tragando gente. Fuimos a comer algo, pues no habíamos almorzado en propiedad. Encontramos un local en el cual se fundían Taco Bell y Pizza Hut: vendían de las dos marcas en el mismo mostrador. Comimos pizza con gaseosa, porque esos tacos de Taco Bell dan grima. Salimos de nuevo a dar vueltas por ahí y entramos a una tienda de productos de belleza porque mi hermana necesitaba unos ganchos para el pelo. Había estantes altísimos llenos de cepillos, hebillas, peines, esmaltes, cremas, moños, diademas. Y pelucas. Muchas pelucas. Las mujeres negras las usan a menudo, así que en Harlem hay varios establecimientos donde las venden. También estuvimos en una tienda de ropa donde había rebajas. Nos atendió un vendedor que nos preguntó si éramos brasileños mientras yo escogía un saco. Aquí en Bogotá había visto uno muy parecido antes de viajar: costaba setenta mil pesos. Allá el saco me costó veinte dólares, menos de cuarenta mil pesos.

Al cruzar una de las calles alcancé a ver, a un par de cuadras, el legendario teatro Apollo y su aviso vertical de letras de neón rojas. La última parada de la noche fue una pizzería del barrio que estaba recomendada en la lista de lugares que nos dio Stéphanie. Oui Oui, se llamaba. La atendía un grupo de negros que bien podían ser franceses o de alguna de las antiguas colonias africanas de Francia. Entre ellos hablaban en francés y el inglés del señor que nos atendió tenía acento. Se reían todo el tiempo y nos atendieron con una buena onda increíble. El local era muy pequeño para comer allí, así que nos llevamos

nuestra pizza para el hotel. Estaba deliciosa. Ya era hora de dormir y el siguiente día prometía estar lleno de cosas por hacer.

*

La hora elegida para levantarse era las seis de la mañana: era necesario sacarle todo el jugo posible al día. Aún no terminaba de aclarar afuera, lo que dificulta levantarse, pero con fuerza de voluntad lo logramos. Nos equipamos con lo necesario para caminar todo el día y combatir el frío. Entre mis cosas, como todos los días mientras estuve en la ciudad, iba mi copia de la Trilogía de Nueva York de Paul Auster. Una tontería, lo sé, pero ¿quién quita que me encontrara a Auster y me lo pudiera firmar? La suerte es una cosa extraña y hasta en ese mastodonte de ciudad podría suceder. (Por supuesto, no sucedió).

Fuimos a desayunar. A unas cuantas calles había un IHOP, International House of Pancakes. El típico desayunadero gringo, de mesas y sillones alargados, meseras con delantal y libreta para tomar los pedidos y un ambiente a medio camino entre el restaurante familiar y la cadena de restaurantes. Yo pedí un desayuno de película: huevos revueltos con tocineta, hash brown, que es como un puré de papa gratinado, sausage y jugo de naranja. Uno no viaja a dárselas de saludable, y es bien sabido que entre más tapone las arterias, la comida es más deliciosa. Fue un desayuno formidable. La barriga llena, el corazón contento y los pies listos para lo que se venía.

El primer paso era ir a reclamar el New York Pass. Es una tarjeta que le da derecho a uno a visitar un gran número de atracciones turísticas de la ciudad de Nueva York, ya sea ‘gratis’ o con un descuento en la boleta. Así se ahorra dinero, pues de entrada en entrada se gasta mucho más. Nosotros compramos uno que era válido por siete días, y le sacamos jugo por montones.

“La savia de Nueva York discurre por su indispensable aunque destartalado metro”, escribió Tony Judt. Aunque haya millones de automóviles, y taxis (carísimos) y buses, el metro es el medio de transporte por excelencia de Nueva York. La vida de la ciudad se siente ahí tanto como en las calles. Millones de seres humanos desplazándose, incomodándose, intentando llegar a casa, a donde estudian, a donde se ganan la vida. Bajo la superficie de la ciudad sigue el derroche de vida y movimiento, de humanidad. En el metro se ve todo tipo de gente de todas partes del mundo. Curiosamente, todos evitan mirarse a los ojos: mantienen la vista en el suelo, o miran por las ventanillas, o leen un libro, casi siempre de autoayuda, o cierran los ojos y se concentran en la música de sus audífonos. La interacción se mantiene al mínimo. Posiblemente con razón: una noche, cuando volvíamos al hotel, al vagón en el que íbamos entró una pareja. Iban a sentarse al lado de un hombre, pero decidieron no hacerse ahí sino al otro lado. El hombre comenzó a gritar enfurecido, se sintió ofendido por esa actitud de desconfianza y rechazo. Tal

vez gritó algo parecido al “entonces coja taxi” que se escucha a menudo en Transmilenio. El tipo estaba muy molesto; por fortuna no pasó a mayores, una pelea en un vagón cerrado no parece algo muy fácil de esquivar.

Otra noche, al vagón se subieron dos policías. Uno se quedó de pie justo al lado de donde yo estaba sentado, el otro se paró en la puerta de enfrente. Al de al lado no lo vi muy bien, parecía puertorriqueño y era altísimo. Al otro sí pude verlo. Al lado izquierdo del pecho tenía una plaquita con su apellido: Zoldak. Era bajo de estatura, pero daba más miedo que el otro. Era rubio, con un corte al ras y una mirada escrutadora y fría. Miraba de lado a lado el vagón como si estuviera buscando a alguien, parado con las piernas un poco abiertas para contrarrestar el bamboleo del metro y con las manos sobre el cinturón, ese cinturón que utilizan los policías gringos, que parece tener más cosas que el de Batman. No sé a ciencia cierta si de verdad buscaban a algún sospechoso de algo, pero eso pensé y quedé en estado de alerta. Al final no pasó nada, pero tuve claro que los policías estadounidenses dan mucho miedo. Todas esas cosas que cargan, el bolillo, las armas, el gas, el tazer, les dan un aspecto amenazante, y su actitud no desmerece de su arsenal. Se bajaron en la siguiente parada.

Entre tanta gente que uno se cruza en un viaje en metro, hay situaciones útiles para cambiar preconcepciones. Por alguna razón uno tiene en la cabeza que todos los gringos han visto la nieve, los relaciona con las nevadas, los muñecos de nieve, los trineos y demás parafernalia. Sin embargo, una mañana vimos a una familia, una señora con un niño y una niña pequeños, de no más de siete años, rubios como de comercial de pañales. Iban bien abrigados y un poco inquietos, y con sus ojos azules miraban con curiosidad lo que los rodeaba. Por lo que hablaban supimos que eran de la Florida; esta era la primera vez que los niños veían la nieve.

El metro es un escenario. Los talentos son caras escondidas entre la multitud. Alguna vez Joshua Bell, famoso violinista, estuvo tocando en una estación del metro de Washington y solo una señora lo reconoció. Cientos de personas pasaron a su lado sin apenas reparar en la música que tocaba. La rutina nos embrutece tanto que dejamos de notar cosas tan hermosas como una pieza musical bien ejecutada. Aun así, ciertas cosas similares no pueden pasar desapercibidas, especialmente para un turista. Caminar en una estación del metro de Nueva York, o adentro mismo de los trenes, bien puede ser la oportunidad para escuchar a un grupo de músicos de jazz tocar una de esas canciones que lo dejan a uno como en estado de gracia, o para oír a un hombre solitario sacar de su trombón al espíritu de Nino Rota con la tonada de El padrino, ese vals inmortal que siempre lo remite a uno a la historia de la familia Corleone, una de las cinco de Nueva York. Pero tal vez lo que más me impresionó fue una pareja que cantaba ópera: un hombre calvo, no muy alto, y

una mujer gorda, como haciéndole concesión al cliché. Era de noche y el canto se escuchaba desde que entramos a la estación. Cantó primero el hombre, una voz de tenor poderosa que se oía perfectamente entre el barullo. Luego cantó la mujer con su voz de soprano, hermosa y dulce. Por un momento me parecía olvidar que estaba en una concurrida y caótica estación de metro; parecía increíble que voces como ésas no estuvieran en un teatro, sino allí, esperando a que la gente diera unas monedas. Pertenecían a alguna clase de organización o compañía de ópera; seguramente recogían dinero para seguir funcionando. Cantaban realmente bien. Ya nos alejábamos cuando decidí volver y darles dinero; no sé cuánto fue, un montón de monedas que tenía en el bolsillo. Algo así, tan hermoso, tenía que ser recompensado, así el aporte fuera modesto. Seguimos nuestro camino. Lejos, mientras bajábamos unas escaleras, el canto seguía escuchándose. Una verdadera maravilla.

El arte encuentra formas de hacerse ver, incluso en lugares así de insospechados, como la hierba que lucha, crece y sale entre las grietas del pavimento. Cantantes y músicos de antología entre una multitud ausente, donde algunos logran escapar del sopor y fijarse en lo que oyen. También, en los vagones del metro, algo llamado Poetry in Motion (Poesía en movimiento): poesías y versos sueltos de distintos poetas en afiches enmarcados, lecturas breves para el viaje en metro, ventanas para poder ver más allá del subsuelo.

Pero así como son posibles esos destellos de belleza, el metro es también el lugar para ver la pobreza, los seres humanos olvidados, la trastienda de la sociedad norteamericana. Entre toda la opulencia neoyorquina también se ven desamparados, indigentes que buscan maneras de sobrevivir, y se mueven en el metro. En una ocasión compartí vagón con uno de ellos. El hombre iba con varios asientos a lado y lado, pues nadie se sentó junto a él porque olía realmente mal. En la mano llevaba el infaltable vaso para recoger monedas. Debe ser una situación más bien común, pues la gente no parecía particularmente alterada. Se limitaba a lo de siempre, allá y aquí y en todos lados: a tratar de ignorar al hombre y su hedor mientras terminaba el trayecto. Todos esos millones de dólares que circulan ahí arriba, donde están Wall Street y sus ejecutivos de sueldos obscenos y vidas decadentes, y hay seres humanos que se ven reducidos a eso. Estados Unidos es un país rico lleno de gente pobre; es una locura. A cada paso y en todo lugar se pueden ver los fragmentos de pesadilla del sueño americano.

Desplazarse en el metro subterráneo produce un efecto curioso: uno siente que los lugares están más cerca de lo que están. Como no se ven las calles por las que se va avanzando, y el trayecto se recorre tan rápido, uno siente que todo está muy cerca; siente que Harlem está a pocas cuadras del World Trade Center, por ejemplo, aunque hay que atravesar todo Central Park y alguna distancia más antes y después, y nomás el parque tiene como cuatro

kilómetros de largo. Manhattan es enorme. Esa cercanía es una percepción errada de uno, acostumbrado a los lentos y desesperantes recorridos del tráfico bogotano, donde unas cuantas cuadras toman a veces más de una hora. Allá uno cruzaba la isla casi de lado a lado como en media hora. No pude evitar sentir un poco de odio por el transporte bogotano. Ojalá algún día Bogotá pueda tener un metro que funcione bien, ayudaría mucho a solucionar el problema.

Llegamos a las cercanías de Times Square y buscamos el sitio donde nos entregarían el New York Pass. La atmósfera rebosaba de ruido, color y luz. Era una especie de oficina turística ubicada en un primer piso, llena de folletos y afiches de lugares insignes de la ciudad. El trámite no tardó mucho y a cada uno nos entregaron una tarjeta, parecida a una tarjeta de crédito. De ahí se irían descontando las entradas de las atracciones. Esa también la tengo guardada.

De nuevo a la calle. Y qué calle. Ahí nomás estaba Broadway, archifamosa por sus teatros y sus espectáculos. Cerca está el Radio City. Y luego Times Square, con su derroche de pantallas y avisos, un sitio que gracias a Hollywood casi todo el mundo ha visto. Pero verlo en una película no es estar parado ahí. Y eso que de día no es tan impresionante como lo es de noche, como lo veríamos unos días después. Ahí uno se hace más consciente del detalle, de los almacenes que hay, de las riadas de gente que atraviesan el lugar, de la esfera que anuncia el año nuevo, ahora apagada y esperando su momento. En uno de los cruces estaban grabando una película: como si no bastara que la mayoría de los referentes que uno tiene de Nueva York son del cine, se topa uno con un equipo de filmación en pleno Times Square. El cine alimenta los sueños de viajar a ciertos lugares, y ahí estaba la máquina de sueños en funcionamiento.

Allí están las tiendas de Hershey’s y M&M’s donde con gusto uno moriría de diabetes; en la de Hershey’s lo reciben a uno en la entrada con un chocolate regalado. Más abajo está un restaurante de nombre Bubba-Gump, donde imagino que sirven camarones preparados de todas las formas posibles. En un punto de la plaza hay unas escaleras rojas que permiten ver mejor todo Times Square y, por supuesto, tomarse fotos. Una buena perspectiva de 360 grados del maremágnum de gente, avisos publicitarios y locales comerciales. De la vida constantemente en movimiento de la ciudad de Nueva York.

A poca distancia se encuentra el museo de figuras de cera Madame Tussaud. El New York Pass nos permitía entrar, así que decidimos estrenarlo con esa atracción famosa en todo el mundo por el nivel de realismo de las figuras. La entrada parece la de una mansión con decoración recargada, con una escalera que asciende en espiral y barandas doradas, además de una alfombra roja. Se entra a un ascensor que lo lleva a uno al sitio donde

comienza la muestra. Estrellas de cine, televisión y música, deportistas, científicos, escritores, políticos, figuras históricas: una miríada de personajes. Por supuesto, uno termina por tomarle fotos a sus favoritos. En mi caso, posé con Mohammed Ali en actitud de boxear, porque soy un ridículo de aquí a la Luna. Fue divertido.

Nueva York es una ciudad para caminar. El tráfico es intenso y los taxis demasiado costosos. Las aceras, en cambio, permiten vivir la ciudad, sentirle el pulso, observar la variedad de la gente, las vitrinas y los rascacielos que se elevan más allá de la mirada. Tiene sentido llamar a Nueva York la "capital del mundo": en unos cuantos días escuché hablar más idiomas que en todo el resto de mi vida y vi gente de muchas partes, también. Los peatones con los que nos cruzábamos bien podían venir del otro extremo del mundo, de aún más lejos que nosotros, y hablar lenguas extrañas y desconocidas, otras más familiares, o regalarnos la placentera sensación de escuchar nuestro propio idioma en una ciudad lejana. Los locales, las tiendas, las vitrinas mostraban el universo de mercancías que existe en esa urbe devota del consumo y de la variedad prácticamente infinita. Por todo lado se veían cosas bonitas para comprar, lugares donde comer o tomar. Las calles y las fachadas de Nueva York son una cosa viva y deslumbrante, avasalladora. Si uno no camina Nueva York no la conoció de verdad.

Incluyendo sus miserias, porque sí, hay construcciones y calles muy hermosas, pero también hay seres humanos tirados en las aceras tratando de no morir de frío, acostados sobre las rejillas por las que sale el vapor del subterráneo. Como en Cartas a mi padre, donde Robert De Niro pierde su casa y se ve obligado a dormir en la calle, esas rejillas y el calor que de ellas sale son la tabla de salvación de los desamparados, un rectángulo fuera del cual el frío puede matarlos. Nueva York también es esa gente buscando calor en la calle helada y el concreto desalmado.

A medio camino entre ser vagabundos y tener un destino, que era el Empire State, llegamos a Bryant Park cuando empezaba a caer la noche. Había una fuente en donde se veían varias monedas, deseos anónimos de neoyorquinos y turistas. El parque estaba bellamente iluminado y aún estaba en funcionamiento una pista de patinaje sobre hielo, llena de niños y adultos. Un brillo azul inundaba la pista y el parque. Se respiraba una atmósfera feliz, de gente relajada, como un oasis helado entre el frenesí de la ciudad.

Encontrar ese parque fue una alegre casualidad, pues no estaba en el plan, pero lo siguiente fue algo todavía mejor: ahí cerquita estaba la Biblioteca Pública de Nueva York. Es un edificio imponente, con columnas y un par de leones de mármol que cuidan la entrada: el símbolo mismo de la biblioteca. Uno sube las escalinatas blancas y atraviesa la puerta, para encontrarse en un salón enorme, con escaleras a los lados, y un suelo en el que resuenan las

pisadas de los usuarios. Una biblioteca majestuosa, llena de salas de lectura atestadas de gente y libros. En el primer piso había una exposición: Lunch Hour, una exposición sobre las costumbres para almorzar de los neoyorquinos a lo largo del tiempo. Había una máquina dispensadora de pasteles, el automat: tenía casillas con puertecitas de cristal que se abrían al introducir la moneda, para así poder sacar la torta del almuerzo. Dispensadores de café, que parece ser el combustible de la gente de Nueva York. También varias fotos de tradicionales restaurantes gringos, hirvientes de hombres con corbata y sombrero y mujeres con faldas de pliegues. Los puestos ambulantes de comida, con el perro caliente como rey indiscutible. Y datos curiosos para gente como yo, cuyo principal objetivo en la vida es saber cosas sin importancia: desde 1960, el precio de un pasaje de metro y de un pedazo de pizza ha sido casi el mismo. Los neoyorquinos llaman a eso the pizza principle, el principio de la pizza.

Tras ver la exposición, subimos a ver las salas de lectura. Son unos salones amplísimos, con anaqueles atestados de libros en los costados y mesas largas por todo el lugar, sobre las que están esas lámparas verdes de lectura que todos hemos visto alguna vez. Por los pasillos hay placas recordando a los benefactores de la biblioteca, y una imagen que muestra las entrañas de la construcción, la disposición de las salas y el lugar donde se guardan los libros, millones de ellos, una cantidad que sobrepasa incluso los sueños más salvajes de un bibliófilo impenitente. A pesar de la cantidad de gente, es un lugar más bien silencioso, sin estridencias ni ruidos demasiado altos. La Biblioteca Pública de Nueva York da toda la impresión de ser un templo del conocimiento. Salimos de allí y di una última mirada a ese hermoso edificio que resplandecía blanco en la noche, algo ajeno al ajetreo de la calle, los automóviles, la música del parque, los peatones. Un lugar de paciencia y de búsqueda, un refugio. Todos esos libros y todos esos lectores me dieron una sensación de calidez.

Nos dirigimos a uno de los íconos indiscutibles de la ciudad de Nueva York: el Empire State, que una vez fue el edificio más alto de la ciudad y del mundo. Desde abajo, desde la acera del frente, ni siquiera se alcanza a ver la punta. Un portero uniformado con un abrigo largo carmesí y gorra del mismo color nos dio la bienvenida y nos invitó a subir. Ya era de noche. Hay que pasar por los puntos de seguridad omnipresentes en las atracciones turísticas de los Estados Unidos, y que en invierno pueden ser desesperantes por toda la ropa que hay que quitarse y volverse a poner todas las veces, para luego subir al ascensor y llegar a la terraza de observación. Por el camino hay imágenes y textos sobre la historia del edificio. En la terraza hacía frío y el viento corría con fuerza. Una nieve muy fina era arrastrada por las corrientes de aire. Se veían gruesas nubes grises sobre Nueva York. Aun así, ahí abajo estaba esa ciudad majestuosa e inabarcable a la mirada. Las calles luminosas, los

edificios como gigantes en la sombra. Se veía Times Square: salía tanta luz de allí que parecía como si un reflector enorme estuviera apuntado hacia el cielo. Y se podía mirar aún más arriba: la terraza queda a los pies de la antena del techo del Empire State, esa aguja monumental que horada las nubes, donde se colgó King Kong y se enfrentó a hombres asustados de sus propios errores. El cielo oscuro contrastaba con las luces de abajo y con luz de la terraza, que hacía brillar los finos copos de nieve llevados por el viento. Es una gran sensación la de estar tan alto y poder ver tantas cosas allá abajo, a los pies de esas moles de cemento y cristal. Era como estar parado en el cielo nocturno.

Una vez más en el suelo, aunque todavía con la inmensidad en las retinas, pasamos por la Quinta Avenida y sus tiendas de lujo, famosas en todo el mundo por su estilo y, obviamente, por sus precios más altos que algunos rascacielos. Temí que me cobraran por mirar las vitrinas. Luego fuimos hacia el metro para volver al hotel. La jornada estaba terminada.

*

Al siguiente día de nuevo nos levantamos temprano para salir. Seize the day, dicen los gringos, y eso estábamos haciendo. El Distrito Financiero era nuestro destino. Pero antes desayunamos en un Burger King cercano, donde volveríamos a menudo los días siguientes, al punto que el muchacho que atendía ya nos reconocía y un día, antes de llegar al mostrador, nos advirtió que no había avena, lo que casi siempre pedíamos. En ese Burger King entendí mejor la cultura de la comida rápida: la más mínima demora en el servicio impacientaba de manera extraordinaria a gran parte de los clientes. “It’s supossed to be fast food!” (¡se supone que es comida rápida!), gritó un día un tipo que esperaba en la fila para hacer su pedido: el servicio se demoraba porque había una nueva empleada en el local, una señora de edad.

Allí vi también una expresión cultural muy bonita. Como saben, la población de Harlem es mayoritariamente negra. En ese Burger King había una foto de un equipo de béisbol de hace años, compuesto solo por negros. En las Grandes Ligas no se les permitía jugar. Se armaron las Ligas Negras para dejarlos practicar el béisbol. Seguramente era un equipo de ese tiempo terrible de segregación. Por suerte apareció Jackie Robinson, un beisbolista sobresaliente y, sobre todo, un hombre rebelde que ayudó a cambiar las cosas: fue el primer hombre negro en jugar en un equipo de las Grandes Ligas, en los Dodgers, que en ese entonces eran de Brooklyn, no demasiado lejos de Harlem. Contra todo y todos, a pesar de las amenazas y la hostilidad de los blancos racistas de todo el país, Robinson se convirtió en uno de los grandes de ese deporte y lo cambió. Miles de niños vieron en él un ejemplo a seguir. Un héroe. Se dieron cuenta de que su sueño de jugar en las Grandes Ligas era posible. Robinson le abrió las puertas del béisbol a los negros para siempre. He stole home, como dice la canción. El número 42, usado por Robinson en su

camisa, fue retirado en los equipos profesionales en su honor; cada año, el quince de abril, aniversario del debut de Jackie Robinson en las Grandes Ligas, todos los jugadores de béisbol salen a jugar con el 42 en la camisa.

En Harlem la cultura negra es muy fuerte y está presente en todas partes. En una de las calles, en la fachada de un edificio, ondeaba una bandera estadounidense. Una bandera particular: lo blanco en las banderas regulares, en esta era negro. Una declaración de una comunidad con lazos fuertes y donde la historia pesa. Al fin y al cabo, no hace mucho eran parias en su propio país. No olvidar hace parte de construir el futuro.

Luego de desayunar tomamos el metro y llegamos al Distrito Financiero, el corazón de la opulencia neoyorquina, el hogar de algunos de los ladrones más grandes que ha conocido la historia humana, donde se crean fortunas de papel y se concentra la riqueza en las cuentas de unos pocos, a costa de muchos. Wall Street, la calle que originalmente corría paralela al muro que defendía a Nueva Ámsterdam de sus enemigos, es ahora ella misma un muro invisible para dejar afuera a la gente común que debe trabajar honradamente para subsistir. Las ganancias fabulosas que allí se dan quedan en pocas manos. Y, paradoja de este mundo injusto, a veces el dinero viene de los bolsillos de aquellos que el muro deja afuera.

Por supuesto, el edificio de la Bolsa de Valores de Nueva York es elegante y opulento, con columnas poderosas y banderas gringas. Cerca queda Federal Hall, el primer lugar donde funcionó el gobierno de los Estados Unidos luego de la revolución de independencia (Nueva York fue la primera capital, antes de la construcción de Washington D.C.). Un edificio blanco y muy bonito, con columnas y un techo a dos aguas, que se ve pequeño entre los rascacielos de la zona. En frente, al pie de las escalinatas, hay una estatua de George Washington. No es el edificio original, sino una reconstrucción conmemorativa. Pero les quedó muy bien hecho.

Entramos a Trinity Church. Es una iglesia muy parecida a las iglesias católicas, pero es de confesión episcopal, una de esas divisiones administrativas que han surgido a lo largo de la historia de la religión, porque las diferencias teológicas en realidad no son muchas. La construcción, tanto en el interior como en el exterior, no difiere mucho de la de una iglesia de confesión católica. Trinity Church es como un viaje al pasado. Adentro es oscuro, silencioso y reverencial. Los techos abovedados y las torres son altísimos, como queriendo llegar a Dios. Hay un vitral enorme atrás del altar lleno de santos esculpidos en la piedra. Unas flores puestas cerca a la mesa donde se lleva a cabo parte de la ceremonia, y el vitral, son lo más colorido de la iglesia, cuya atmósfera está envuelta en una adormecedora luz amarilla y tenue. Sobre la puerta de entrada hay un órgano de tubos, majestuoso en su silencio, a la espera de emitir las notas tremendas que duermen en su interior.

Algunas personas estaban en las bancas rezando, mientras los turistas recorríamos la nave central y las capillas laterales. Junto a la iglesia está el cementerio, seguramente tan viejo como la iglesia. Las numerosas lápidas se veían viejas, centenarias, como una postal anacrónica en medio de la incesante renovación de Wall Street. Los árboles deshojados aportaban a la apariencia sombría del cementerio, aún en medio del día. Una imagen como salida de un cuento de Poe.

Continuamos nuestra caminata para ir hacia el World Trade Center, a ver el monumento hecho por el atentado del 11 de septiembre de 2001. En el lugar donde se ubicaban las torres hay ahora dos huecos cuadrados, por los que cae agua incesantemente (desafortunadamente uno de ellos no funcionaba ese día). En los bordes están escritos los nombres de las víctimas de los atentados del 2001 y de 1993. Era un día soleado y la luz formaba arcoíris en las cascadas de agua del monumento, pero aún así no aportaban la más mínima alegría. El monumento triunfa en la sensación que quiere transmitir: el vacío. Un vacío sobre el que flota la tristeza de una ciudad que se sintió mutilada ese día.

Junto al monumento hay un museo que aún no estaba terminado. Después de recorrerlo comprendí por fin la magnitud de la tragedia del 9/11, lo que significó ese atentado para los neoyorquinos, el trauma colectivo que esos dos aviones causaron en la ciudad. Antes de eso, el atentado seguía teniendo visos de irrealidad, una noción mediada por la televisión. Uno oye tres mil muertos y dice sí, terrible, pero realmente no dimensiona ese sufrimiento. Pero allí pude dimensionarlo mejor. Es difícil no hacerlo cuando uno ve uniformes reales de los bomberos que intentaron rescatar a la gente atrapada, algunos de los cuales murieron en el intento; cuando se ven fotografías de esos bomberos subiendo las escaleras de las torres mientras todos los demás bajaban; cuando se pueden oír grabaciones de las víctimas despidiéndose de sus seres queridos por teléfono; cuando entre los restos carbonizados de los edificios se puede ver el arma casi fundida de algún policía que trató de ayudar; cuando se ven las fotografías y los volantes con que las familias buscaron a los desaparecidos en los días posteriores al atentado; cuando se leen mensajes de esos familiares desconsolados porque aparecieron los cadáveres y terminó la esperanza.

El dolor, como la nube de polvo colosal que se formó cuando cayeron las torres, flotaba alrededor de todo eso, de las muestras desgarradas de esa tragedia horrorosa. Se me aguaron los ojos mientras veía los objetos expuestos y los videos y oía las grabaciones con las pruebas de las bajezas de la humanidad en nombre de un dios, cualquier dios, pero también con las pruebas de que en momentos así, a veces sale lo mejor de nuestra naturaleza: durante la evacuación de los edificios, varias personas tomaron la ropa que llevaban en sus maletines de gimnasio y comenzaron a repartirla a los demás, para que pudieran cubrirse la nariz y la boca y respirar un poco mejor entre el humo;

médicos que por casualidad estaban en la zona y comenzaron a ayudar a los heridos; gente del común que ayudó con la evacuación. Una solidaridad nacida de “los mejores ángeles de nuestra naturaleza”, como decía Lincoln. Creo que siempre me voy a acordar de la tristeza que sentí en ese lugar, así como la del Museo del Holocausto, todavía peor.

El World Trade Center es una zona en construcción donde pululan los obreros, los andamios, la maquinaria y los cerramientos con letreros de advertencia, varios de ellos en español. Aún se restañan las heridas de los ataques. Todo el complejo de edificios cambió y en el medio, como joya de la corona y muestra de la voluntad de Nueva York para levantarse y reponerse, está la Torre de la Libertad, un edificio que sin haber sido terminado ya era el más alto de la ciudad. La altura final es de 1776 pies; como recordarán, 1776 fue el año en el cual se declaró la independencia de los Estados Unidos. Los gringos la tienen clara con esas cuestiones simbólicas.

La temperatura había bajado y bajaría un poco más, pues íbamos hacia el río Hudson y la Estatua de la Libertad. Caminamos hacia el sur de Manhattan, hacia los muelles donde atracan los barcos que hacen las rutas por el río. En el camino un policía me confirmó que íbamos en la dirección correcta, y yo me sentí muy contento porque mi inglés no era tan macarrónico.

Battery Park, situado en la punta meridional de la isla de Manhattan, es un lugar muy bonito, un parque amplísimo con alamedas y bancas para mirar hacia el Hudson y hacia la otra orilla, a los edificios de la costa de New Jersey. En Battery Park está situado Castle Clinton, un fuerte construido en el siglo XIX para defensa de la ciudad, pero que al parecer no vio mucha acción. A lo largo de los años ha tenido varios usos, incluyendo el de centro de inmigración antes de Ellis Island. Es una construcción baja y circular que ha perdido del todo el aire militar. Junto al parque están los muelles. Allí subimos a uno de esos barcos turísticos que en la parte superior tienen una cubierta con asientos para poder ver todo el paisaje. Quienes abordaron con nosotros prefirieron quedarse en la parte de abajo, que era cerrada y menos fría. Nosotros sí nos quedamos en esa cubierta de arriba, el frío no era razón suficiente para dejar de ver con claridad todo lo que había por ver. Eso sí, tuvimos que soportar estoicamente las ráfagas de viento helado que venían del Hudson, mucho más frías allí que en tierra. Menos mal estábamos bien abrigados.

A la Estatua de la Libertad no se podía entrar debido a la tormenta Sandy; tuvimos esa mala suerte (peor en el caso de mi cuñado, que ha ido un par de veces a Nueva York y nunca ha podido entrar). Pero el recorrido turístico incluía pasar frente de la estatua. En principio podría pensarse en que es apenas un consuelo, pero la experiencia es fuerte y emocionante así no se pueda entrar. Por los espacios entre las nubes pasaban unos cuantos rayos de luz que teñían de épica la escena. La estatua se hacía más grande, tangible. El

regalo que el gobierno francés le hizo al estadounidense para conmemorar el centenario de su independencia dejaba de ser materia de sueños, de películas y fotos, para ser materia palpable, presente. Esperaba impasible sobre su pedestal a que llegáramos a contemplarla. Perplejo sobre la cubierta del barco, no podía despegar los ojos de la estatua, grabando en mi memoria cada uno de los ángulos desde los cuales la veía mientras nos acercábamos. Hasta que la tuve en frente, muy cerca, verde y azul sobre el paisaje gris, resaltando en el día sin sol. Ahí estaba parado, sin poder creerlo del todo, una sensación de irrealidad, pero al mismo tiempo la emoción de la realidad, de verdaderamente estar en el río Hudson frente a la que bien puede ser la estatua más famosa del mundo.

El Hudson es enorme, parece infinito. Tiene ese nombre por Henry Hudson, un inglés que trabajaba para los holandeses y remontó ese río para buscar una ruta hacia el otro lado del mundo, un paso del océano Atlántico al Pacífico. La geografía le debe mucho al comercio. El capitán hablaba sobre la historia de los lugares en el recorrido, de los muelles donde están los ferrys que transportan a la gente entre Staten Island y Manhattan, de la isla y el origen indígena de su nombre: Manna Hatta, “tierra de muchas colinas”. Habló sobre Ellis Island y su historia como emplazamiento militar y como el principal centro receptor de inmigrantes desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX, por donde pasaron millones de personas en busca de una tierra prometida, de un lugar para asentar sus sueños.

El barco siguió de largo para dar la vuelta e ir hacia el East River. En un momento estuvo en un lugar del río en el que se podían ver la estatua y New Jersey a la izquierda, el Bajo Manhattan en el frente y Brooklyn hacia la derecha. Una imagen de postal impresa en el recuerdo. Desde niño deseé conocer esos lugares que estaba viendo, pero siempre en mi cabeza sonaba una vocecita insidiosa y repetitiva que me decía que no podría, que era demasiado difícil y costoso. Pero sí se pudo y sí se puede. Extasiado en la contemplación de esa imagen inmensa, me convencí por fin de las infinitas posibilidades de lograr objetivos, de sobreponerse en un juego que parece siempre en contra, como es el de la economía. Conmovido por la vista, sentí un pequeño nudo en la garganta, una felicidad intensa e inolvidable. Era la sensación de tener el cuerpo lleno de alegría, de haber logrado algo a lo que no parecía destinado.

Navegábamos hacia el East River, que fluye entre Manhattan y Brooklyn. A esas alturas mi cuñado ya había bajado a la cafetería a comprar chocolate caliente, que bebimos con gusto para mermar un poco el frío. Eso sí, el chocolate gringo no le cose las medias al nuestro. Aparecía el Puente de Brooklyn (y más arriba el Puente de Manhattan). Se veía un poco golpeado por Sandy, con unas cubiertas blancas en donde se estaban haciendo las reparaciones necesarias. Pasamos por debajo del coloso mientras el capitán

hablaba sobre el puente y sobre Brooklyn, que podría ser una ciudad aparte con sus dos millones de habitantes. Incluso ahora tienen su propio equipo de baloncesto: los Nets de Brooklyn. El capitán también mencionó celebridades nacidas en Brooklyn, de las cuales solo recuerdo a Woody Allen. También pasamos por el antiguo mercado de pescado de Fulton, ubicado en el Bajo Manhattan sobre el East River, cerca al puente. Fue un mercado muy importante para el comercio de Nueva York desde el siglo XIX, a donde llegaban cientos de barcos a dejar el pescado que luego era distribuido en la ciudad y las zonas aledañas. Las nuevas instalaciones quedan en el Bronx.

El barco giró y fue hacia la bahía para volver a los muelles de Manhattan de donde salimos. Una vez en tierra, caminamos por Battery Park aún con la sensación de haber navegado un río desde el país de los sueños. Allí encontramos el East Coast Memorial, un monumento a los desaparecidos en batalla en el Océano Atlántico durante la Segunda Guerra Mundial. En unas estelas de granito están los nombres de los desaparecidos en la guerra, así como el cuerpo al que pertenecían (Armada, Guardacostas, Marines). En medio de las dos hileras de estelas, hacia el fondo, hay una estatua negra de bronce de un águila con las alas extendidas; sostiene una corona de guirnaldas en las garras y parece volar sobre una ola. Reposa sobre un pedestal negro y pulido en donde hay una inscripción:

1941 *** 1945

ERECTED BY THE UNITED STATES OF AMERICA

IN PROUD AND GRATEFUL REMEMBRANCE

OF HER SONS

WHO GAVE THEIR LIVES IN HER SERVICE

AND WHO SLEEP IN THE AMERICAN COSTAL WATERS

OF THE ATLANTIC OCEAN

INTO THY HANDS, OH LORD

(Erigido por los Estados Unidos de América, en orgulloso y agradecido recuerdo de sus hijos, quienes dieron sus vidas en su servicio y duermen en las aguas costeras estadounidenses del Océano Atlántico. En tus manos, oh Señor).

Como casi siempre con los monumentos gringos, inspira un cierto respeto, es un espacio bien diseñado para la reverencia. Pero también para pensar en todas esas vidas desperdiciadas, obliteradas por guerras basadas, demasiado a menudo, en los caprichos de unas pocas personas. Destinos arrancados de raíz en nombre de la patria, la nación, el honor. En nombre de fantasmas.

Seguimos caminando por el parque hacia la trama de calles entre los rascacielos. En el camino encontramos el Museo Nacional de los Indios Americanos, una hermosa construcción en cuya fachada hay columnas y rostros esculpidos, además de unas escalinatas observadas por unas bellísimas estatuas blancas sobre pedestales. En la exposición hay muestras arqueológicas, de arte, vestido y herramientas de culturas indígenas de toda América. Además, una sección en la que se habla de actores, músicos y escritores pertenecientes a esas culturas o con antepasados indígenas. Una señora con aspecto de haber sido hippie en sus años mozos nos explicó un par de cosas al comienzo, especialmente sobre los adornos indígenas hechos con cuentas y conchas. Me recordó al cinturón de wampum que recorre toda la historia de Nueva York, la novela histórica de Edward Rutherfurd.

Al dejar el museo, nuestros pasos se encontraron con un símbolo muy reconocible de Nueva York: el toro de Wall Street, una estatua ubicada en el parque Bowling Green. Tal vez la recuerden de cuando salió en Hitch, la película con Will Smith. Es un toro de bronce en actitud de embestir. Estaba rodeado por turistas ansiosos por tomarse una foto junto a él.

Caminar por el Distrito Financiero (por casi todo Manhattan, de hecho) es un incesante mirar hacia arriba. Ésa es la mejor forma de diferenciar a los turistas y a los neoyorquinos: los últimos miran hacia el piso mientras caminan; los otros miramos casi todo el tiempo para arriba, hacia los rascacielos capaces de empequeñecer cualquier cosa a sus pies. Son los tótems de una ciudad que se sabe poderosa y opulenta, capaz de llegar al cielo mismo, de sobreponerse a la destrucción. Se levanta sobre el suelo para desafiar al tiempo y la decadencia que, como nos enseña la historia, tarde o temprano le han llegado a todas las grandes ciudades. Aún no parece ser su turno.

Volvimos hacia la zona de Battery Park. Buscábamos el Museo de la Herencia Judía, pero ya se hacía tarde: cuando lo encontramos estaba cerrado. Sin embargo, asistimos a un espectáculo hermoso: giramos una esquina y vimos el sol, rojo y circular, mientras se descolgaba del cielo. Quedamos quietos en la calle por unos segundos. Luego corrimos hacia el río para tomar fotografías de ese atardecer impresionante. Nunca me había dado cuenta de lo rápido que desciende el sol: cuando llegamos a la orilla del Hudson, casi había desaparecido del horizonte, aunque alcanzamos a tomar varias fotos. Nos quedamos un rato en esa orilla, mientras la luz terminaba de apagarse y daba paso a la noche y los faroles. Acodado sobre la baranda, me quedé mirando hacia el agua que golpeaba suavemente las piedras con una cadencia líquida y pacífica. Los últimos resplandores del sol le daban al agua un aspecto fantasmal, como si espectros plateados bailaran bajo la superficie. La línea del horizonte se debatía entre el azul, el rosado y el naranja. Veía todo eso sin decir una palabra, petrificado en la contemplación de esa inmensidad. Trataba

de contenerla dentro de mí, de permitir que todo lo que captaba con los ojos, los oídos y la piel permaneciera para siempre conmigo. Una experiencia del más puro regocijo espiritual.

Con la noche ya sobre nosotros, fuimos a una pista de hielo que había en el parque. Mi hermana quería patinar. Junto a la pista había una carpa blanca en donde se alquilaban los patines y la gente podía cambiarse. Había una máquina expendedora de Coca Cola que sirvió a dos propósitos: sacar una gaseosa para calmar la sed, y gastar un montón de monedas que tenía y ya comenzaban a hacer estorbo. Una a una se fueron mientras la máquina contaba el monto, hasta llegar al precio exacto de la gaseosa, una Coca Cola de vainilla que nunca había probado. No es nada del otro mundo.

Mi hermana se cambió y fue a patinar mientras mi hermano, mi cuñado y yo la esperábamos en el borde de la pista. En el fondo se alcanzaba a ver la Estatua de la Libertad, iluminada con reflectores, y las luces de la vida efervescente al otro lado del río. Un marco impactante.

Sobre la pista de hielo había unos conos anaranjados para encerrar una parte donde el hielo no estaba en buenas condiciones. El tipo que cuidaba la pista, un joven de unos diecisiete años, advertía de ello a quienes patinaban, y patinaba con tanta destreza que sospecho que podría haber utilizado los conos como obstáculos, deslizándose entre ellos como lo haría un futbolista para aprender a llevar mejor el balón. Mientras tanto, mi hermana patinaba del otro lado, no con tanta habilidad, pero con algo más importante: con más alegría, como si hubiera vuelto a ser una niña. Se deslizaba con pequeños pasos, cerca de la baranda para evitar una caída. Durante varios minutos disfrutamos de ese fragmento de sueño que vivíamos a la orilla del río, con la noche y las luces en todo su esplendor.

Después de que mi hermana se cambiase, buscamos un sitio para cenar. En el camino encontramos una sede del New York Film Institute. Pensé en lo grandioso que debe ser estudiar cine en Nueva York. En el Distrito Financiero encontramos un restaurante llamado Chipotle, que es algo similar a Sipote Burrito. Le eché a ese burrito de todo lo que pude porque tenía un hambre atroz, que se me despertó apenas sentí el olor de la comida. Estaba delicioso.

En la ruta hacia la estación del metro nos encontramos una aglomeración de gente. Parecía en evento de moda o algo así: en la calle se veían carros lujosos, y un montón de fotógrafos estaban pendientes de quienes salían de los autos. Disparaban sus flashes e iluminaban toda la calle. Si era enceguecedor para nosotros, parados en la acera del otro lado, a espaldas del grupo de fotógrafos, no imagino cómo será para quienes son objeto de ese fusilamiento de la fama, de la ráfaga de luces de las cámaras ávidas por retratarlos. Deben quedar medio ciegos por unos instantes: qué cosa tan horrible.

Esa noche llegamos a una estación distinta a la que siempre habíamos llegado en Harlem. Quedaba en el lado opuesto, un poco más retirada. Las calles estaban vacías, no vimos a casi nadie mientras caminamos hacia el hotel. Pasamos por el lado de un parque que se veía tenebroso, con árboles altos y desnudos tras un parapeto de piedra, enhiestos en la noche y extendiendo sus brazos sobre el andén. Antes de llegar paramos en una tienda pequeña y atestada de productos, una tienda del barrio, apenas a una cuadra de La Maison D' Art. Los que atendían parecían ser árabes. Mientras comprábamos galletas y jugo y otras galguerías para comer, entró una señora a comprar alcohol. Estaba muy ebria, hablaba consigo misma mientras escogía la cerveza que iba a llevar. Compró su six pack y salió al frío en medio de su embriaguez. Nosotros pagamos y nos fuimos a descansar.

*

Al día siguiente salimos hacia el Barrio Chino (Chinatown), una visita obligada. Las calles del barrio hervían de gente, como un gran Sanandresito. Hombres que hablaban un inglés con marcado acento ofrecían relojes y gafas oscuras de las mejores marcas, y por mejores marcas me refiero a falsificaciones más que meritorias, muy baratas. El comercio fluía en cada acera, cada esquina, cada edificación. Hay locales de restaurantes famosos, como McDonald’s y Subway, pero los avisos están escritos en mandarín. Abundan, como es lógico, las tiendas que venden productos chinos y del resto de Asia: vestidos al estilo chino (vi uno rojo, muy bonito, y pensé en comprárselo a mi novia. pero luego encontraría un regalo mil veces mejor), los palillos que son sus cubiertos, sus zapatos de tela, sombrillas, esencias… todo un universo de cosas. Hay mercados donde se venden frutas, verduras y pescado. Muchos de los vendedores a duras penas hablan inglés, otros no lo hablan en absoluto. Una vendedora particularmente malgeniada se molestó porque mi cuñado no encontraba en un anaquel un aceite que queríamos comprar; ella lo señalaba, pero él no lo veía. Con notoria mala cara salió de atrás del mostrador para tomar el aceite y dárselo a mi cuñado. No lo compramos ahí.

En las calles vivientes del Barrio Chino nos encontramos con un templo budista, el Mahayana Buddhist Temple. En la fachada estaban el nombre en inglés y en mandarín (creo), escritos en letras rojas sobre falsos ladrillos del color de la crema. La decoración estaba complementada por una simulación de entrada a un palacio oriental, con columnas rojas y techos verdes similares a los característicos de las construcciones chinas de antaño. Una Ciudad Prohibida de plástico. En la puerta, dos leones dorados hacían las veces de guardianes. A unos metros de allí estaba la entrada que lleva al Puente de Manhattan, uno de los que conecta a Manhattan con Brooklyn. La entrada es un arco de piedra tallada, como un Arco del Triunfo pero menos glorioso.

El Barrio Chino despliega en sus calles, esquinas y plazas los contactos con la China milenaria, pero también con la tierra que acogió, para bien o para mal, a quienes salieron de allí. En una pequeña plaza a la que nos llevaron nuestros pasos encontramos un monumento, un arco conmemorativo para los estadounidenses de ancestros chinos que “perdieron sus vidas en defensa de la libertad y la democracia”, en la Segunda Guerra Mundial. En la misma plaza hay una estatua de Lin Ze Xu (1785-1850), cuyo pedestal estipula que fue un pionero en la guerra contra las drogas (el tráfico británico de opio en la China decimonónica). Varias palomas se acurrucaban a sus pies, y una gaviota impávida estaba posada sobre su cabeza, lo que no parecía importarle al paladín de la lucha antidrogas. La mierda de paloma es compañera frecuente de la gloria.

La estatua de Confucio que vimos en otra plaza inspiraba más reverencia. El filósofo de bronce se alza sobre un pedestal de una piedra de color verdoso, con la forma de una angosta pirámide trunca. Allí están escritos, tanto en mandarín como en inglés, el nombre del sabio y una cita de La gran armonía (Ta Tung):

Cuando prevalece el Gran Principio, el mundo es una comunidad donde los funcionarios son elegidos conforme a su sabiduría y capacidad. Se promueve la confianza mutua y se cultiva la cordialidad en las relaciones humanas. En consecuencia, los hombres no solo consideran como padres a sus propios padres, ni tratan como hijos tan solo a sus propios hijos. La atención y el cuidado están asegurados para los ancianos hasta el fin de sus días, así como el empleo para aquellos de cuerpos sanos y para los jóvenes los medios para crecer. Los viudos y viudas indefensos, los huérfanos y los solitarios, así como los enfermos y los inválidos, están bajo una protección conveniente. Todo hombre tiene su empleo y toda mujer su hogar; no les agrada ver que la riqueza permanezca inactiva, pero no la guardan para provecho personal; detestan la indolencia, pero no usan sus energías para su propio beneficio. De esta manera, los planes egoístas son reprimidos y los atracadores, ladrones y otros hombres sin ley dejan de existir, y la gente no tiene necesidad de acerrojar sus puertas. Esto es la Gran Armonía.

Leí y traduje la inscripción para mi hermana. Son palabras para quedarse pensando, así sea en un lugar como ése, en medio del ruido de la marea humana y de los automóviles. La gente se aleja, pasa en medio del afán y el trajín, sin poder parar a pensar un momento, sumidos en la rutina de rapidez demente que los envuelve. Confucio se toma las manos y aguarda, observa por encima de todo y espera que la sabiduría algún día tenga lugar en el mundo.

Antes de dejar el Barrio Chino se atravesó en nuestro camino un cortejo fúnebre. Los carros de negro brillante y ominoso pasaban por la calle mientras una banda de la policía tocaba en la acera de en frente. Las notas de tristeza

hacían parecer que la escena sucedía en cámara lenta. Los carros pasaron y doblaron en la esquina; la banda terminó de tocar y los policías se fueron caminando hacia quién sabe dónde.

El Barrio Chino y la Pequeña Italia son adyacentes. En algunas calles se confunden y se mezclan. La Pequeña Italia (Little Italy) conserva menos su aire tradicional, pues buena parte del barrio original fue absorbido por el Barrio Chino, pero mantiene en buena medida el aire italiano, representado sobre todo por los restaurantes que abundan en sus calles. De las puertas llaman a los transeúntes para que entren a disfrutar los platos de la cocina italiana, una de las más deliciosas que existen. Pero antes de entrar a almorzar, caminamos el barrio de arriba abajo. Banderas italianas asomaban por aquí y por allá, una que otra conversación en italiano. En la vitrina de una tienda de pastas sonreía un estereotípico muñeco de un cocinero italiano, bigotón, sonriente y vestido de blanco, que sostenía una bandeja donde había tortellini anaranjados, blancos y verdes.

Frente a uno de los restaurantes se paraba un señor canoso, alto, que cantaba en italiano mientras se movía de aquí para allá en desplazamientos cortos, y blandía un trapo para luego dejarlo sobre uno de sus hombros. Un Caruso en un escenario improbable. Al principio pasamos de largo, para seguir viendo el barrio, pero cuando llegó la hora de almorzar, volvimos a ese restaurante, del que he olvidado el nombre. El señor seguía cantando. Saludó a mi hermana con un *Ciao, bella* con toda la sonoridad de ese hermoso idioma musical, y nos preguntó si íbamos a entrar. Con un *andiamo* lleno de cortesía nos hizo pasar adentro del restaurante. Por dentro era tan tradicional como podía ser. Todo alrededor hablaba de la tradición de los italianos que llegaron a Estados Unidos a construirse una nueva vida, a trabajar para ganarse su lugar en la sociedad estadounidense. La comida, por supuesto, era una forma de no sentirse tan lejos de casa. Las mesas, las sillas, los manteles y los cuadros en las paredes, aunque recientes, mantenían el estilo de los restaurantes italianos de antaño. Eso sí, y como muestra del permanente cambio de la sociedad gringa, los meseros eran latinos.

Cerca de la entrada estaba sentado un hombre gordo, de traje, que parecía un personaje de Scorsese. Pasamos a su lado y nos sentamos en una mesa del fondo. Mi abuelo me había contado que cuando estuvo en Italia, en los restaurantes siempre ofrecían agua o vino para tomar. Lo mismo nos ofrecieron a nosotros, pero a fin de cuentas no nos animamos a pedir vino. Me comí una pizza margarita deliciosa, saboreando no solo la comida, sino la experiencia de comer pizza en la Pequeña Italia, probablemente una receta que venía desde el otro lado del Atlántico y fue transmitida a través de generaciones de italoamericanos, que a pesar de ser cada vez más gringos, no olvidaron del todo sus raíces. La comida es una de las cosas que más nos

remite a esas raíces, al lugar y las personas de los que venimos.

Con la barriga llena y el corazón contento dejamos el restaurante. Comenzamos a caminar sin tener muy claro el destino. Hubo un momento en que mi hermano y yo nos separamos de mi hermana y mi cuñado. En ese intervalo, con mi hermano encontramos una iglesia ortodoxa ucraniana. Nunca habíamos visto una de ésas. Sobre la puerta, en letras casi borradas, decía Church of San Salvatore, pero en un tablero pequeño junto a la puerta decía que se llamaba Holy Trinity. Duramos unos diez minutos separados. Tras el respectivo pero breve momento de miedo, nos encontramos por fin.

Hubo un momento en que vimos delante de nosotros a dos hombres de corbata y gabardina con un aire misterioso. Parecían detectives salidos de un libro de Dashiell Hammett o de una de esas viejas películas de Humphrey Bogart. Caminábamos en la misma dirección, hasta que ellos entraron en un edificio del Departamento de Policía de Nueva York. Los detectives de la ficción sí se parecen a los de la realidad. O al contrario.

Llegamos a un barrio bastante golpeado por el huracán Sandy, cerca al East River y al Puente de Brooklyn. Fuimos hacia la orilla del río para ver mejor el puente. Las gaviotas volaban sobre el agua y hacia la orilla. Se posaban sobre los pilotes de madera a unos metros de la ribera y sobre las barandas que prevenían la caída al agua. Desde ahí abajo se veía mejor la lona blanca que envolvía una sección del puente que estaba en reparación, así como una larga plataforma puesta por debajo de la estructura para reforzarla. Con todo y eso, el puente es una vista magnífica, una obra que ha resistido al tiempo y a los embates del clima. Se alza sobre el agua con sus torres pétreas y sus cables acerados, que si no fuera por las explicaciones de la ingeniería parecerían artificios de milagro.

Nos fuimos de allí mientras la tarde se oscurecía cada vez más y la noche comenzaba a caer. Las luces comenzaron a prenderse y la vida en la calle aumentó con la gente que salía de las oficinas. Caminamos hacia Tribeca (Triangle Below Canal Street) y el Soho (South of Houston Street). En el camino nos topamos con el Ayuntamiento de Nueva York, situado en el Parque del Ayuntamiento. Como todos los edificios gringos que albergan al poder, se veía imponente con su brillo de reflectores en medio de la oscuridad circundante, sobre todo la torre que tiene en el centro, con relojes redondos en sus cuatro lados y una estatua de la Justicia en su cumbre. Aún había luz en varias de las ventanas.

Deambulamos por Tribeca y Soho con el único objetivo de sentir el ambiente propio de esos barrios, ejemplos insignes de la gentrificación. Pero en medio de todo eso, encontramos un sitio donde vendían gorros de lana, guantes, cosas por el estilo. Mi hermana quería comprar un gorro para el frío.

Una mujer indígena, que al principio creímos era ecuatoriana, estaba secando con diligencia un reguero de agua que había a la entrada. Acabamos conversando con ella: nos contó que llevaba doce años viviendo en Nueva York, trabajando duro todos y cada uno de esos años para mantener a su familia. Venía de Perú, no de Ecuador. No vivía en Manhattan, sino retirada del centro y de su lugar de trabajo, porque es difícil que un alquiler en la isla baje de los $1200, una cantidad muy alta para ella. Y limpiaba cuidadosamente el agua de la entrada porque, como es bien sabido, el deporte favorito de los gringos no es el béisbol o el fútbol americano, sino demandar: si alguien llegara a resbalarse en la entrada de su negocio podría demandarla y eso sería la perdición. Mientras nos contaba eso con su voz suave y gentil, en la que uno podía reconocer la sabiduría que dan las dificultades y el esfuerzo por superarlas, le mostraba a mi hermana distintos gorros tejidos para que escogiera. Eligió uno y lo pagó. Nos despedimos y dejamos a la mujer entre sus sombreros, guantes y bufandas.

Esa noche también estuvimos en tiendas de zapatos, porque mi cuñado necesitaba comprar unos adecuados para caminar: los que tenía lo estaban matando. No saber la equivalencia de las tallas fue un inconveniente, por lo que tuvo que probarse varios pares. En una de las tiendas, que estaba llenísima, vi a la niña más malcriada de la historia, una italiana que se llamaba Martina y le hizo por lo menos cuatro berrinches a la mamá porque no le compraba unos zapatos. Sé que se llamaba Martina porque su mamá le llamó mil veces la atención, en italiano, para que dejara de joder. Allí no se compró nada a fin de cuentas; la mirada asesina del vendedor era la señal para salir. Entramos a otra tienda, ya con una idea más cercana de la talla que podía ser la indicada. Nos atendió un vendedor latino, Óscar, con el que conversamos mientras mi cuñado se medía zapatos. Nos preguntó qué hacíamos en Nueva York, y le respondimos que estábamos de visita.

-Escogieron mala época para venir -nos dijo.

-Es que queríamos ver nieve.

-¡Pero es que es una tormenta lo que viene!

Nosotros sonreímos, afirmándonos en nuestro deseo de ver una nevada, sin dimensionar muy bien lo que es una tormenta de nieve. Óscar lo sabía muy bien, así que cuando nos contó que al día siguiente no tenía que ir a trabajar, hizo un pequeño baile celebratorio ahí donde estaba parado.

*

Cuando nos levantamos al día siguiente, vimos en el noticiero la amenaza de tormenta para esa noche. No le preocupó mucho a nuestra alma tropical hechizada por la nieve. Salimos y fuimos a desayunar por segunda vez a

IHOP. En esa ocasión opté por pedir café con el desayuno. Comprobé de primera mano que en los desayunaderos gringos le dan a uno harto café, el que quiera: por apenas dos dólares me pusieron toda una jarrita de café para mí solo. El éxtasis del refill. Tomé todo el café que pude junto con unas tostadas francesas de antología.

Ese día vivimos un episodio extraño: una señora que estaba sentada en la mesa de al lado comenzó a hablarnos. Hablaba muy rápido y con el acento de los negros de Harlem, era difícil entenderle. Algo nos dijo de un libro que había publicado, para que lo buscáramos, pero no le entendí ni el título ni el nombre de ella. Se despidió y se fue y no me enteré ni de la mitad de lo que dijo. También ese día experimenté de primera mano lo que es oír hablar spanglish. En la mesa de atrás había un grupo de hombres y uno de ellos hablaba así, intercalando palabras en inglés y en español en todo momento. No se frenan en el discurso, hablan a toda velocidad y los demás igual les entienden. El cambio que la comunidad latina ha hecho en el inglés es increíble y, creo yo, imparable.

Desde que llegamos al restaurante estaba lloviendo, siguió lloviendo mientras desayunamos y llovía aún cuando salimos. Era un día muy frío y la llovizna ligera se convertía en pequeños cristales de hielo que se estrellaban en la cara, como minúsculos pinchazos gélidos. El ambiente de la calle era lúgubre, un día velado por la lluvia. Las ráfagas de viento se colaban hasta por las entradas al metro.

El destino era el Museo de Historia Natural, uno de los tantos museos descomunales que hay en la ciudad de Nueva York, un intento por contener la historia del mundo y sus criaturas. En su interior reposan animales disecados de todo tipo, desde los pequeños y escurridizos hasta los grandes que hacen retumbar la tierra o se adueñan del mar. Sus cuerpos ahora sin vida están dispuestos en situaciones realistas, escenas que recuerdan a las criaturas vivas en su existencia salvaje: una manada de perros salvajes cazando a un ciervo de cornamenta asesina, un rinoceronte con su cría, leopardos a punto de dar cuenta de un pavo real agonizante, tigres expectantes entre la hierba y bebiendo en el río, un cuervo sobre una roca en vez de sobre el busto de Palas Atenea. Una pareja de elefantes estática nos recuerda nuestra indefensa pequeñez, así como la ballena gigantesca que cuelga del techo en otra de las salas, como nadando en el aire sobre todas las otras criaturas marinas que reposan en tono a ella. Nunca deja uno de sorprenderse de la variedad de la vida en la Tierra.

Las bestias prehistóricas también tienen su lugar. Las osamentas de los dinosaurios le dan a uno idea del tamaño y poder de esos animales; los fósiles nos recuerdan el largo camino que la vida ha recorrido para llegar hasta nuestros días, las especies que han quedado atrás. Los dinosaurios dominaron

el planeta y desaparecieron: nuestro turno parece estar cada vez más cerca. Los humanos: gobernadores actuales del planeta, han dejado tras de sí una historia rica en hechos, ideas, creaciones y desgracias. En las salas del museo pueden encontrarse antiguas estatuas de Buda, altares y santuarios, figuras de bronce de Ganesha, el dios con cabeza de elefante, y otros dioses ignotos tallados en piedra. Héroes griegos y filigranas precolombinas, indígenas con tocados de plumas y sus moradas en la selva profunda. En otra vitrina yace un grupo de katanas, las venerables espadas de los samurái. Junto a ellas, la pintura de uno de esos guerreros que hicieron del honor una forma de vida, una pintura de trazos ágiles y rápidos donde un samurái se dispone a atacar con su katana desenvainada. Más allá, un cosaco orgulloso que mira el horizonte inexistente en su mundo de cristal y madera. En otra parte, hermosas copias del Corán hechas a mano, escritas en la caligrafía enrevesada del árabe. Muestras de la diversidad humana, de sus complejidades milenarias, concentradas entre las paredes del museo, cuyo mayor efecto es impulsarlo a uno a querer saber más, a ir a todos esos lugares del mundo que guardan tanta historia, belleza y misterio.

Horas enteras pasaron mientras vimos todo el museo. Afuera ya había comenzado a nevar. El parque detrás del museo estaba cubierto por la alfombra blanca de la nieve. El viento arreciaba y se remolinaban en el aire los copos que caían sobre la ciudad. Los pasos crujían mientras avanzábamos por el parque. En el suelo se veían las huellas presurosas de quienes habían pasado antes. Sobre la nieve pegada al tronco de un árbol alguien escribió un mensaje en alguna lengua oriental, probablemente japonés. Los ideogramas estaban claramente trazados, pero no teníamos forma de conocer el significado.

Pero ese parque era un abrebocas. Bajo la nevada inclemente fuimos hacia el parque definitivo, el más grande de Nueva York: Central Park. Según Edward Rutherfurd, Central Park fue la única obra pública de la ciudad en la que no hubo ninguna clase de corrupción (sí, allá también hay de eso, y harto). Tiene cuatro kilómetros de largo y ochocientos metros de ancho: es más grande que el Vaticano. Nos metimos en su vastedad blanca para atravesarlo. Al principio tuve un poco de miedo, pues algunas partes son oscuras y solitarias, pero después me relajé. Incluso pasó un par de veces una patrulla de la policía.

No importaba toda la nieve que seguía cayendo. De nuevo tenía esa sensación de estar caminando dentro de mis propios sueños. Los senderos del parque, los árboles, las lomas cubiertas de nieve, el lago congelado a medias: todo se hacía real ante mí. Los árboles que encontramos en el camino tenían los troncos manchados de nieve, pues el viento la estrellaba contra ellos, igual que las estatuas desperdigadas por el parque, como la de Daniel Webster, o la de un tal Giuseppe Mazzini, y también una de un hombre con un brazo

levantado sosteniendo lo que parecía un halcón: solo tenían nieve en la parte que plantaba cara al viento. Mazzini parecía un dos caras invernal. Subimos por las lomas y a las piedras, corrimos entre la nieve y jugamos con ella, armamos una mínima guerra de hielo y nos reventamos bolas de nieve en la ropa. Mientras toda la ciudad se movía apresurada para resguardarse de la tormenta, nosotros la disfrutábamos, éramos felices en medio de la ventisca y el frío, carecíamos de miedo a las cantidades inverosímiles de nieve que estaban cayendo. Y que iban a caer.

Salimos de Central Park por la esquina donde queda Columbus Circle. En el centro tiene un pilar con una estatua de Cristóbal Colón en la cúspide. Antes de cruzar la calle hay un monumento, una columna rectangular en cuya base está tallada la proa de un barco, con esculturas alrededor. En la parte más alta hay una escultura dorada y refulgente, una diosa al mando de tres caballos. Fue en Columbus Circle, en 1971, donde el mafioso Joseph Colombo recibió tres disparos que lo dejaron en coma, para morir siete años después.

El hambre nos llevó a buscar un lugar para comer. Ya muchos restaurantes estaban cerrados. Terminamos de nuevo en Times Square, que de noche se veía aún más impresionante. El derroche de luz era extraordinario. Miré hacia arriba y las luces hacían resaltar la nieve que bailaba en el viento y caía sobre nosotros. La gente caminaba apresurada. En los andenes se veía a unos hombres empujando unos cochecitos rojos muy particulares, llenos de lo que parecía ser sal de roca. Los carritos tenían un hoyo en medio y debajo una especie de hélice, que giraba con el desplazamiento hacia adelante y hacia atrás del carrito. Por el agujero caía la sal; la hélice la esparcía por el pavimento. Esa sal sirve para que la nieve se derrita más rápido y no se acumule en la acera; así se disminuye la posibilidad de resbalones. A esas alturas ya había entendido por completo, y compartía de corazón, las palabras de Nick Carraway en El gran Gatsby: “Nueva York empezó a gustarme por su chispeante y aventurera sensación nocturna, y por la satisfacción que presta a la mirada humana su constante revoloteo de hombres, mujeres y máquinas”.

Entramos en un McDonald’s repleto de gente, por lo que seguimos adelante y terminamos por entrar en un Burger King cercano. Sin ser una maravilla, las hamburguesas de ahí son mejores que las de cartón y plastilina del antro del payaso. Saciamos el hambre y la sed y decidimos que ya era hora de volver al hotel, pues la nevada arreciaba. En la ruta hacia el metro nos encontramos con la terminal de buses de Port Authority. Ahí fue donde llegaron los Simpson cuando Homero fue a rescatar su carro, abandonado en el World Trade Center por Barney.

Cuando llegamos a Harlem la nevada empezaba a mostrar su poder ante nuestros ojos tropicales. Los carros parqueados en las calles estaban cubiertos casi totalmente de nieve, así como los andenes, por donde se hacía más difícil

caminar. En las entradas de los negocios había gente esparciendo sal en la acera. Entramos en la tienda y compramos unas cervezas y otras cosas más. Volvimos al hotel y huimos del temporal. Yo me metí en la bañera con una Heineken y me remojé en agua hirviendo por unos quince minutos, mientras me tomaba la cerveza con calma, disfrutando cada sorbo y cada instante del baño caliente y reconfortante. Salí, me puse el piyama y dormí de largo toda la noche.

*

El día amaneció más bien soleado, a pesar de la tormenta de la noche anterior. Pero en la televisión mostraban los estragos que la nevada había causado en Boston, donde había casas sin energía eléctrica y había caído casi un metro de nieve en la noche. En Nueva York fue menos fuerte, pero cuando salimos pudimos ver la dimensión de lo sucedido: en las escaleras mismas de la entrada del hotel estaba una mujer retirando la nieve con una pala. Nos dijo que tuviéramos cuidado al bajar. Los carros parqueados a lado y lado de la calle estaban totalmente cubiertos de nieve, y sus dueños bregaban para quitársela de encima y de las llantas, bloqueadas y casi totalmente tapadas por la nieve. Los vecinos despejaban con palas los andenes. Era necesario caminar con cuidado, el pavimento estaba resbaloso. En la esquina, un señor latino nos saludó como si fuéramos vecinos de toda la vida, nos deseó un buen día y remató con un “Dios los bendiga”.

Aunque viajamos con la ilusión de poder ver nieve, y la habíamos disfrutado como niños, ese día entendí que para la gente la nieve es más bien una ladilla. Las nevadas complican todo, taponan las calles, causan trancones y accidentes, dan trabajo extra para hacer en la casa. Una completa molestia.

Íbamos hacia el Rockefeller Center. Alguien me había dicho que la vista desde allí era todavía mejor que la del Empire State, y el día despejado se prestaba para comprobarlo. En la plaza había una pista de patinaje, y el Prometeo dorado que es símbolo del lugar estaba cubierto de nieve. Entramos al edificio y subimos inmediatamente. El techo del ascensor es transparente: cuando comienza a subir prenden luces rojas, amarillas y moradas, parece como si fuera un viaje al espacio exterior. Se detuvo en el piso del mirador y salimos. Era un día de sol con pocas nubes a la vista. Nueva York se veía en toda su majestad: el rectángulo de Central Park y su cara invernal de blanco, café y azul, un gran espacio libre entre la multitud de edificios; el Empire State, enhiesto y solemne; Freedom Tower, en el World Trade Center, aún en construcción; el Hudson, la Estatua de la Libertad como si cupiera en la mano, y más lejos la insinuación del mar; los puentes; la malla de las calles que parecen infinitas. Demasiado para abarcar con una sola mirada. Le di por lo menos tres vueltas completas a todo el mirador. Había bastante gente, aunque no estaba repleto y se podía caminar cómodamente y apreciar la vista. Tras la

última mirada, una de esas miradas que intentan absorber por completo lo que ven, bajamos y salimos del edificio. Ahí mismo en la plaza hay una tienda Lego. Nunca había visto tantos legos juntos: además de los productos a la venta, hay cosas armadas con los famosos ladrillos de plástico. La mejor es una copia del Rockefeller Center en donde el Prometeo se bajó de su lugar y está patinando en la pista de hielo. Muñequitos Lego están en la escena, incluyendo un Batman que está colgado del edificio. Una cosa muy chévere y bien hecha.

Cerca de allí queda la catedral de San Patricio. Es una iglesia enorme, pero no pudimos ver bien su aspecto por fuera porque estaba rodeada de andamios y telas: Sandy había hecho de las suyas allí. Por dentro, en cambio, pudimos apreciar perfectamente la magnitud de la catedral, su imponencia centenaria. Cuando entramos iba a comenzar la misa. Si uno iba a atender a la ceremonia podía entrar por el pasillo del medio; si no, tenía que ir por las naves laterales y ver la iglesia en silencio, para no perturbar la misa. La magnificencia de la catedral me produjo algo parecido a una nostalgia de la fe. Nunca pude dejar de creer en Dios, aunque peleamos a menudo. De la religión católica sí me separé desde muy joven. Pero en semejante escenario portentoso, en esa iglesia fastuosa y formidable, era más fácil recordar los atractivos de la fe religiosa, el anhelo de creer en algo más grande y poderoso. Un lugar así sí podría parecer la casa de un dios: las naves amplísimas, el altar espacioso e imponente, las capillas auxiliares, las tumbas en la parte de atrás, con sus muertos de mármol que duermen sobre la losa, los vitrales de todos los colores de la luz, las puertas labradas y altas, las columnas en las que descansa el techo abovedado y que parece podrían sostener el cielo mismo, las lámparas que cuelgan del techo, los santos esculpidos, las velas largas y blancas, los destellos dorados en cada esquina; el hálito de la historia. Es un lugar sobrecogedor y fantástico, reverencial.

Mientras recorría la catedral, algo atónito, se escuchaba la misa que se oficiaba en ese momento. Fue extraño: nunca había escuchado una misa en un idioma distinto al español. Todas esas misas a las que me han obligado a ir en la vida parecían distintas a ésa, aunque se diga prácticamente lo mismo. Supongo que se debe a que luego de tantos años uno ya no escucha realmente lo que dicen en misa, sino que retiene en la memoria el sonsonete de las palabras mil veces repetidas. Por supuesto, en inglés el sonsonete cambia, de ahí que la misma retahíla se sintiera diferente.

Dejamos atrás las sombras y luces de la catedral y salimos a la calle para ir hacia el siguiente punto de la agenda del día: el Museo de Arte Moderno de Nueva York, más conocido como MoMA. Seis pisos llenos de arte, algunas de las obras más conocidas en el mundo entero. Mi hermana, que estudió Artes Plásticas, lideró la vuelta: escogió los pisos del museo a los que iríamos,

donde estaban los artistas que más nos interesaban. Hay obras de arte que uno conoce desde niño. Por conocer me refiero a que ha visto reproducciones, o las ha visto en televisión o en internet. Ha visto “pinturas de esa pintura”, como diría Po, el protagonista de Kung Fu Panda. Pero por más que uno crea conocerlas, por más que las haya visto y pueda recordarlas al cerrar los ojos, nada se compara a estar a centímetros de ellas, a ver la obra original, a sentir su presencia mientras la belleza entra por los ojos y se queda en el alma. En el MoMA me encontré una y otra vez extasiado en la contemplación de obras de arte que creí que nunca podría ver “en vivo”.

Allí estaba Los tres músicos, de Picasso, así como otro de sus cuadros muy famosos: Las señoritas de Avignon. Este último, el cuadro de las prostitutas francesas, intenté pintarlo en una clase de arte en el colegio. Aquella vez entendí que lo de Picasso no eran garabatos, que era muy difícil pintar como pintaba ese señor. Había cuadros de Monet: un tríptico enorme de unos nenúfares en un estanque, el que estaba en el Jardín de Giverny, lugar en el que vivió varios años y que fue objeto de sus exploraciones pictóricas. Son cuadros hermosos, sutiles y expresivos. Uno se queda mirándolos y es como si el resto de la habitación desapareciera, como si uno se hundiera en el color. Tuve un sobresalto efímero al creer que estaba viendo El grito, el cuadro de Edvard Munch. Era un aproximado: no el óleo, la versión más famosa, sino una hecha en pasteles. El artista noruego hizo cuatro versiones, además de una litografía. Estaban expuestas otras obras de Munch que yo no conocía. Ahora soy un poquito menos ignorante. Una obra que no conocía y me gustó mucho fue un cuadro de Andrew Wyeth, un artista estadounidense, cuyo título es Christina’s World. En el cuadro aparece Christina, una joven que era vecina del artista; la polio la había dejado inválida. Sin embargo, lo que quiere mostrar Wyeth es que esa mujer, a pesar de su limitación física, tenía un espíritu que no estaba limitado, unas ganas de vivir irreprimibles. Se arrastra en un pastizal inconmensurable con su cabeza en alto, sigue adelante a pesar de todo. La serenidad y hermosura del cuadro me conmovieron. Casi compro una reproducción en la tienda del museo.

El Museo de Arte Moderno de Nueva York cuenta con varias obras de Andy Warhol. Las latas de sopa ya las había visto aquí en Bogotá. Pero allá vi un cuadro llamado Rorschach bastante impresionante. Era muy grande, ocupaba toda una pared angosta y alta de una de las salas. También fue significativo poder apreciar un cuadro de Pollock que se llama White Light. Parecía una cosa viva, palpitante. El volumen de los grumos de pintura le daba una presencia y una realidad que ninguna foto podría copiar o transmitir. Pero de todas las grandes obras que vi, de los cuadros que me impresionaron o me conmovieron, ninguno pudo superar a lo que sentí cuando estuve al frente de La noche estrellada, el cuadro de Vincent Van Gogh. Entré desprevenido a la sala en la que estaba exhibido, mirando hacia otro lado, cuando de pronto giré

la cabeza y allí estaba, en medio de la sala, como una aparición sublime. Me acerqué con el corazón dándome saltos. Estaba como hipnotizado y al principio no me di cuenta que mi hermana estaba a mi lado. Cuando la miré noté que tenía los ojos aguados. Igual que yo. Ver ese cuadro era como estar en frente de la belleza misma, de un objeto total y completamente hermoso. Y allí, en ese museo lleno de maravillas, era posible, como con Pollock, ver los grumos de la pintura, las pinceladas que dieron forma a la imagen, los colores vivientes: una noche estrellada saliendo del lienzo. En las marcas dejadas por las cerdas del pincel podía sentirse la mano de Van Gogh, su talento y su dolor. Me embargó una emoción prístina, pura y gigantesca. Escruté centímetro a centímetro el cuadro, aún sin creer del todo que estaba junto a La noche estrellada original. Nos acercamos tanto que uno de los guardias nos pidió a mi hermana y a mí que por favor diéramos un paso atrás, para que otras personas pudieran ver mejor la pintura. De puro milagro no sufrí un episodio de síndrome de Stendhal. Estaba genuinamente feliz y conmovido, entusiasmado. Le tomé una foto al cuadro con mi celular y se la envié por correo electrónico a mi novia: La noche estrellada es su pintura favorita.

Tras toparnos con una obra de Doris Salcedo, la artista colombiana, fuimos a la tienda de regalos. Básicamente, venden de todo. Viendo ese mare mágnum de mercancías relacionadas con el arte, encontré una reproducción de alta calidad del cuadro de Van Gogh. Entonces me asaltó una revelación: ahí estaba el regalo que tanto había buscado para mi novia. Lo compré sin dudar y sin importar que cargarlo en el avión iba a ser un incordio. Valió la pena: cuando se lo entregué aquí en Bogotá, su cara de felicidad me llenó el pecho de alegría, me tibió el corazón.

A través de una de las ventanas del MoMA noté un fenómeno curioso: a nivel del suelo se hace de noche primero que en las alturas. Los edificios son tan altos que cubren la luz: si miraba hacia abajo, ya estaba oscuro, mientras que en la punta de los rascacielos todavía brillaba la luz del sol. Como si fuera dos horas del día al mismo tiempo en el mismo lugar.

Cuando salimos hacía un poco más de frío. Caminamos sin rumbo definido y encontramos una tienda Apple, un cubo transparente con la reconocida manzana en la fachada. El almacén queda bajo tierra: el cubo futurista es apenas la entrada al templo. Digo templo porque hay gente para la que los productos Apple se convirtieron en una religión. Y el templo estaba abarrotado de gente: hacía calor y se escuchaba el ruido de un centenar de voces de los fieles que no despegaban sus ojos alucinados de las pantallas omnipresentes, ya fueran computadores, reproductores de música o tabletas. Los accesorios para los aparatos de la manzana pululaban por todo el lugar. Un hervidero humano de consumo. Salimos de allí más bien rápido, porque el gentío era insoportable y porque yo no soy devoto.

Tras la visita a la tienda Apple fuimos a una juguetería cercana. Una juguetería desmedida, titánica, un mar casi infinito de juguetes. A la entrada, un joven vestido de soldadito de plomo hacía que todos quienes entrábamos le chocáramos la mano, un high five o “chocar los cinco”, como decimos aquí. De ahí en adelante todo era maravillarse con la cantidad de juguetes y cosas relacionadas que venden los gringos, la cantidad de muñecos y juegos de mesa y camisetas y disfraces y cómics. Encontré una figura de acción de Gandalf, parte de todo el mercadeo por la primera parte de El hobbit, que se había estrenado unos meses atrás. Decidí no comprarla porque luego iríamos a otra juguetería y de pronto era más barata allí. Cuando fuimos, no había muñecos de ésos. Por pendejo me quedé con las ganas de traerme un Gandalf.

Cayó completamente la noche, hacía frío y estábamos cansados. Tomamos un café caliente y nos fuimos a descansar. El tiempo de paseo se terminaba y aún quedaban cosas por hacer.

*

La del siguiente día fue una visita importante: el Museo Metropolitano, conocido como el Met. Nos bajamos del metro en el lado opuesto de Central Park. Era una mañana luminosa de domingo, había pocas nubes y el sol brillaba en la nieve. El parque se veía distinto de día. La gente paseaba a sus perros, las familias jugaban juntas y los niños se deslizaban en trineos de plástico desde las lomas cubiertas de nieve. El agua de las lagunas parecía menos fría por los destellos de la luz matinal en su superficie. Los senderos transmitían tranquilidad. Los edificios alrededor se veían claros, recortados contra el cielo limpio y azul. Se sentía una disminución en el eterno trajín y el bullicio de la ciudad de Nueva York, un descanso, una pausa mínima. Del otro lado de ese oasis invernal nos esperaba el museo.

Al salir del parque encontramos el Guggenheim, museo de arte contemporáneo que señala su condición desde la forma misma del edificio, una especie de cono blanco. Lo veríamos después del Met. Ilusos: como si nos fuera a quedar tiempo. En la acera que lleva al Met, atada a una señal de tránsito con un seguro, había una bicicleta cubierta de nieve. Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí encadenada. Uno suele ver el mundo de acuerdo a la experiencia y como bogotano, me pareció curioso que no se la hubiesen robado todavía.

Llegamos cuando apenas habían abierto y salimos cuando iban a cerrar, y no alcanzamos a ver todo el Museo Metropolitano. El que más vio fui yo, y eso porque al notar la cercanía de la hora de cierre recorrí uno de los pisos superiores a toda velocidad, apenas viendo las obras expuestas. El Met es descomunal. Vi tantas obras de arte que es imposible recordarlas todas. Debe ser uno de los mejores museos del mundo y fui muy feliz allá adentro.

Primero encontré a Grecia y a Roma. Estatuas de una gloria antigua, cuando otros poderes y otras ideas gobernaban el mundo. La sobrecogedora vista del mármol y la piedra que llegaron hasta nosotros para contar una historia. Nuestra historia: la democracia, sí, pero también las intrigas y la lujuria por el poder; las leyes, y la forma de romperlas o esquivarlas; parte de nuestra lengua, con tantos préstamos del griego y el latín; la épica y la tragedia y la comedia que están en la base de nuestra literatura y, por qué no, de nuestra forma de vivir. La filosofía que a veces usamos sin saberlo. En buena medida somos hijos de esas civilizaciones.

En otra parte del museo están los rastros del antiguo Egipto. Lo más impresionante fue que hay todo un templo dentro del museo. Es el Templo de Dendur, donado por el gobierno egipcio al estadounidense en 1965, para ser cedido al Met en 1967. Fue traído en bloques y vuelto a armar dentro del museo, en una sala con un costado completo ocupado por un ventanal radiante que dejaba ver el parque nevado afuera del museo. El templo está rodeado por agua, un foso no demasiado ancho. El interior no es tan amplio, pero da cuenta de lo sagrado, del intento de comunión con los dioses. Un gran momento mientras es imposible ir a Egipto y ver las pirámides y emocionarme.

Luego de ver el templo por dentro salí y me senté para descansar un poco. Comencé a escuchar ronquidos, las inhalaciones rocosas de quien está profundamente dormido y podría despertar incluso a los faraones. Miré a todos los lados de la sala y lo vi: un hombre de rasgos orientales estaba acostado sobre la banca al lado izquierdo de la ‘isla’. Tenía unas bolsas junto a él y una mujer sentada a su lado parecía ser quien lo acompañaba. La gente alrededor empezó a sonreír y a tratar de evitar las carcajadas. Eso me incluye a mí. No todos los días se ve a alguien dormir en un museo de esa forma, desprendido por completo de todos los tesoros y la historia a su alrededor, entregado al sueño profundo porque el cansancio no sabe de esas cosas.

Caminar por el Met es encontrarse con tantas cosas que es difícil asimilarlo. Acaba uno de ver Egipto y de pronto se encuentra con una procesión de armaduras medievales, caballeros sobre sus monturas que también están protegidas por metales brillantes y fuertes. Entre las armaduras medievales europeas que hay en la sala hay dos que pertenecieron a Enrique VIII, el rey inglés, una de cuando era joven, y otra de como diez años después. Sonreí al compararlas. La primera era más común y parecida a las otras alrededor; la segunda tenía una particularidad: era la armadura de un hombre gordo. Es bien conocido que Enrique VIII era un monarca regordete, aficionado a la comida y la bebida (y a decapitar esposas, pero esa es otra historia). Su armadura, como no podía ser de otra manera, estaba hecha para que su tripa estuviera cómoda, para darle protección a su prominente y regia panza.

A unos pasos de allí hay toda una sección dedicada a las armaduras de los samurái y sus katanas. Al parecer la colección perteneció a algún millonario gringo que atesoraba este tipo de cosas. Las armaduras de samurái son bellas e intimidantes. Al mismo tiempo son obras de arte manual, hechas con una dedicación muy japonesa, pero también corazas mortíferas para proteger los cuerpos de los que bien pudieron ser los mejores guerreros de ese tiempo. Es fascinante esa cultura de los samurái, con su código del guerrero y la importancia del honor. Estos guerreros japoneses han cautivado la imaginación de mucha gente y se adentraron en el imaginario de Occidente, como en Perro Fantasma, la película dirigida por Jim Jarmusch, o en esa otra joya que es Ronin.

Pasé un buen tiempo en la sección del museo dedicada a las civilizaciones orientales. Tapices, pinturas, esculturas milenarias. Abundaban los budas y los bodhisattvas, algunos de un dorado refulgente, otros de piedra, de hierro y de bronce. En la tradición budista, los bodhisattvas son quienes han empezado a transitar el camino de Buda, el sendero hacia la iluminación. Sobresale un bodhisattva chino de piedra arenisca de unos cuatro metros de alto, una escultura imponente, majestuosa y serena. Porque si algo transmite el budismo es serenidad. Algo que nos hace mucha falta en los tiempos que corren.

En otro piso del museo pude ver por primera vez en mi vida un huevo Fabergé. Eran tres, si no recuerdo mal: uno rojo, otro verde y uno como rosado. Obras maestras de la joyería. Peter Carl Fabergé los fabricaba para los zares rusos, y para miembros de la nobleza y la burguesía. Opulentos regalos de Pascua para las zarinas, con su respectiva sorpresa adentro. Un Kínder Sorpresa muy costoso y no comestible.

Vi una infinidad de pinturas. Unas eran más llamativas que otras. Recuerdo un retrato de la princesa de Broglie pintado por Jean Auguste Dominique Ingres. Me emocioné ante Friedland, 1807, un cuadro de Ernest Meissonier que muestra una de las grandes victorias militares de Napoleón Bonaparte. Otras muchas las he olvidado. A ese museo habría que ir mil veces en la vida. Salas y salas llenas de arte, como en una sucesión infinita, un laberinto para contener parte de la historia humana y sus intentos por alcanzar la belleza, por trascender, por desafiar a la muerte y el olvido. La gente hormigueaba por esas salas, unas más llenas que otras. Como en el MoMA, varias personas apenas si se detenían frente a las obras: tomaban fotos y seguían su camino sin apreciar nada, sin mirar realmente lo que tenían al frente. La invención de los teléfonos con cámara nos ha vuelto más idiotas.

Por esos días había una muestra de Matisse. Una exposición inolvidable, más que por esta o aquella obra, porque en la muestra estaban expuestos los numerosos intentos de Matisse para alcanzar la perfección. Pintaba la misma escena una y otra vez, obsesivamente, experimentando con la composición, la

luz y el color hasta lograr el mejor resultado posible. Es una lección: el arte no nace únicamente del talento del artista, nace del trabajo incesante, de la dedicación, de la devoción por el arte, ya sea la pintura, la escultura, la literatura, la música o el cine. Es la entrega absoluta a su arte lo que hace grandes a los artistas. A algunos incluso les vale la inmortalidad.

Salimos del museo cuando ya menguaba la luz del día y comenzaban a encenderse las luces eléctricas de las fachadas y los postes. Nos fuimos, como siempre, a caminar. Yo tenía ganas de entrar a Barnes and Noble, la conocida librería gringa. Íbamos hacia una más bien retirada que habíamos visto en Google Maps, pero resulta que en el camino había otra, por suerte. En la Quinta Avenida, si no recuerdo mal. Antes de entrar, mi cuñado se detuvo en un puesto callejero de periódicos y compró un New York Times para regalármelo. Por alguna razón no muy clara, seguramente relacionada con mi afición a poseer las cosas que leo, quería traerme una copia del New York Times y de la revista New Yorker; la revista la había comprado hace unos días en una estación del metro. Me faltaba el periódico. Podrá parecer tonto, pero fue tremendo regalo. Además, era la edición dominical, más amplia que la de los otros días. Gran recuerdo de Nueva York.

Nunca había estado en una librería tan grande. Por supuesto, de primeras uno se encuentra con las novedades, la mayoría best sellers destinados al olvido y libros de autoayuda. Pero buscando con paciencia empiezan a aparecer los buenos libros, incluso en español, de los que había bastantes, por cierto. La librería es espaciosa, se pueden buscar los libros con comodidad y la gente se sienta en el suelo a leer. Hay unas cuantas mesas y sillas, pero vi a varios leyendo en el piso junto al estante donde habían encontrado el libro que buscaban. Sospecho que en las librerías bogotanas no permitirían tal cosa.

Mi interés principal era encontrar un libro con la poesía completa de Bukowski. Le pregunté a uno de los trabajadores de la librería donde podía encontrarlo y encontré el estante con facilidad. (Me sentí un poquito orgulloso de mí por haber podido sostener esa conversación en un buen inglés, comprensible, o por lo menos decoroso). Desafortunadamente no había un libro con toda la obra poética reunida, pero sí había varios de sus libros de poesía. Tenía en la cabeza un poema llamado “oh, yes”, que conocí gracias a un documental que alguna vez vi, pero no podía recordar en cuál libro estaba. Saqué mi celular para probar si había internet en la librería. El aparato se conectó y comencé a buscar en cuál de los libros estaba ese poema. El título que se le escapaba a mi memoria era War all the time. Estaba en el estante y lo tomé sin dudar. Luego fui a la página cien y leí el poema con estremecimiento y alegría por haber conseguido el libro. Ya entrado en gastos, tomé otros dos libros del mismo autor: You get so alone at times that it just makes sense y Love is a dog from hell.

Creí que era el final de mi frenesí comprador de libros, pero no fue así. No lo fue porque mientras caminaba por la librería y veía con ojos golosos y bolsillos estresados otros libros, cómics y novelas gráficas, encontré una edición en inglés con todos los cuentos de Edgar Allan Poe. Costaba como veinte dólares: realmente no era mucho. Tomé el libro y ya me dirigía hacia la caja cuando en una de las mesas vi otra edición, esta con todos los cuentos y poemas de Poe. Era mucho más bonita, encuadernada en negro y con un dibujo de un cuervo en la portada. Y estaba en rebaja: siete dólares con noventa y ocho centavos, lo que es ridículamente barato para semejante libro. Lo cogí y devolví el otro a su estante, para luego ir pagar. Entonces me sorprendí una vez más: la rebaja del libro de Poe era sobre esos casi ocho dólares: en realidad solo me costó cinco dólares. La ganga más grande de mi historia como comprador impenitente de libros. Salí de Barnes and Noble con una sonrisa más grande que la avenida de enfrente, cargando en la maleta repleta mis libros de Bukowski y de Poe.

Nunca nos sentimos inseguros caminando de noche por Nueva York, excepto una noche en la que nos tocó hacer un trasbordo del metro en el Bronx: la estación estaba muy vacía y se veía más deteriorada que las otras que habíamos visto. Esa vez sí nos inquietamos un poco y ansiamos que pasara pronto el metro. En las ciudades nuevas uno no sabe cuáles son las calles o los barrios peligrosos, y eso a veces da una sensación de seguridad que no se tiene en la ciudad propia. En parte, a eso se debía nuestra calma al caminar. Además, Manhattan es un lugar más bien seguro, donde el crimen no es tan común como en otras partes de la ciudad: ya no son los tiempos de Pandillas de Nueva York y los Cinco Puntos. Eso sí, Nueva York recorrió un largo camino para llegar a ese estado porque durante mucho tiempo, como diría Homero Simpson, fue un matadero urbano.

En esa caminata nocturna sin un destino fijado encontramos una zapatería. En el aviso azul con letras blancas puesto sobre la entrada decía: Andrade Shoe Repair. Encontrar esa zapatería tuvo resonancias místicas, no solo por el hecho casi improbable de encontrar en Manhattan una zapatería con mi apellido, sino porque mi bisabuelo fue zapatero y mi abuelo algo aprendió del oficio. Ninguno de nosotros siguió el camino de la elaboración de zapatos, pero quién sabe qué otro Andrade llevó el oficio hasta la lejana Gran Manzana.

Tras deambular un poco más volvimos al hotel. El viaje se acercaba a su fin y el siguiente día sería trajinado. Al principio, el plan era no pagar ese día más de hotel y pasar la noche en el aeropuerto, pues el vuelo era el día siguiente a las seis de la mañana. Sin embargo, luego resolvimos cambiarnos a otro hotel y así ganar un día más.

*

Nos levantamos temprano y nos alistamos para irnos hacia el nuevo hotel, situado en una zona más céntrica de Manhattan. Pedimos un taxi para que nos llevara. El día era gris y lluvioso. Las gotas sobre las ventanillas distorsionaban aún más la vista de una ciudad nublada y del río helado bajo la neblina. Hubo algo de trancón, pero no tardamos demasiado en llegar. El Hotel Grand Union, donde nos íbamos a quedar esa última noche, queda en una calle sin mucho tránsito donde hay varios locales comerciales, incluyendo una licorera no muy retirada donde más tarde dejaría un dinero. Como aún era temprano y no podíamos registrarnos todavía, dejamos las maletas guardadas en el casillero del hotel.

Desayunamos en el restaurante junto al hotel. De nuevo, para gloria de mis papilas gustativas, huevos revueltos y tocino, hash brown y jugo de naranja. No estaba tan bueno como el de IHOP, pero aguantaba. Mientras estábamos comiendo, en el televisor del restaurante vimos una noticia más bien extraordinaria: el papa había renunciado. Benedicto XVI ya no sería más el líder de la Iglesia Católica. Una vaina bien curiosa, no son muchos los papas que han renunciado. Los caminos del Señor (de la mafia vaticana, mejor) son misteriosos.

Terminamos y fuimos a hacer las compras. Es costumbre bien conocida la de llevar regalos de vuelta cuando uno viaja, detalles para la familia. Llegamos a un Macy’s, un edificio como de ocho pisos lleno de tiendas. Había artículos de lujo como perfumes, joyas y relojes, pero también cosas más baratas, como ropa y zapatos. Nos separamos en dos grupos: mi cuñado con mi hermana y mi hermano conmigo. Y empezó la búsqueda. Llegó un punto en el cual me sentí realmente agobiado ante ese océano abrumador de mercancías. Me entró el afán por comprar algo y salir rápido de ahí. Era asfixiante estar entre todas esas cosas. Terminamos por comprar un saco negro para mi mamá y uno rojo para mi abuela, unos sacos largos de apuntar, como gabardinas de hilo. La señora de la caja hablaba un inglés con acento. Debió notar nuestro acento también porque nos preguntó de dónde veníamos. Cuando le dijimos que de Colombia, nos preguntó si hacía calor. Le expliqué del frío en Bogotá, pero que en ciudades como Barranquilla o Cartagena hacía calor. Entonces ella dijo:

-I come from Guyana. Very hot, very hot.

Nos quedó claro que en Guyana hace calor. Supongo que la conversación se dio por la nostalgia de la tibieza en medio del invierno neoyorquino, la nostalgia de una inmigrante de tantas que dejó atrás el calor de su tierra.

También decidimos mirar en esas tiendas de recuerdos que pululan en Manhattan, donde venden réplicas del Empire State y de la Estatua de la Libertad, llaveros, pocillos, calcomanías, bolsos y camisetas alusivas a Nueva

York, incluyendo la clásica con el corazón que proclama el amor por la ciudad. Entramos en varias y compramos más regalos. De camino de vuelta al hotel nos dimos cuenta que Grand Central, la estación de trenes, estaba cerca. Más tarde podríamos ir a verla. En un momento nos perdimos. Menos mal tuvimos la precaución de tomar una tarjeta del hotel. Le preguntamos a un señor que estaba repartiendo unos volantes y fue muy amable para explicarnos hacia donde debíamos ir. En realidad no estábamos tan perdidos, sino dando vueltas a la cuadra donde está situado el hotel. Nos sentamos a esperar en el lobby a que mi hermana y mi cuñado llegaran. Pero pasó bastante tiempo y no aparecían. No teníamos forma de comunicarnos con ellos. Justo cuando nos íbamos a decidir a preguntarle al tipo de la recepción si ellos habían pasado o algo, salieron del ascensor. Llegaron antes de nosotros y subieron las maletas a la habitación. Nos estaban esperando en el cuarto.

Decidimos ir a Best Buy. Días antes habíamos estado en uno y había cosas muy chéveres, música y películas baratas, aparatos electrónicos, juegos de video. Yo había visto una colección con la discografía de Led Zeppelin. No la había comprado porque no sabía si necesitaría la plata, pero ya era el último día y aún tenía presupuesto. Costaba cincuenta dólares, que si uno se pone a pensar no es demasiado: en Colombia costaría mucho más. Así que me decidí y la compré, una hermosa caja cuadrada con los discos de la mejor banda de la vida y hasta un ensayo sobre ellos. Todo un tesoro.

Por fin teníamos todos los presentes para la familia. Ahora podíamos ir a caminar, disfrutar de las horas finales en Nueva York. Ya se hacía de noche cuando salimos del almacén y emprendimos la caminata. Sobre el andén había un guante tirado, huérfano. Habíamos visto varios en el trascurso de nuestro viaje invernal, guantes perdidos, pares incompletos para siempre. Mi mamá, cuando desaparece una de las medias del par, dice que la media quedó nona. Pues en Washington, en Filadelfia y Nueva York vimos varios guantes nonos. Suficientes para montar un museo del guante nono.

La noche estaba bastante fría y había neblina. Aprovechamos la cercanía de Grand Central para ir a conocerla. Fue una suerte que el hotel quedara tan cerca. La terminal es impresionante. Aunque es relativamente baja en comparación con los edificios titánicos que la rodean, resalta con su belleza antigua. Iluminada en la noche, parecía una maravilla de otro tiempo. Las estatuas y los cristales de la fachada, el reloj dorado brillando en la noche, los faroles y las vitrinas le daban un hermoso aspecto. Por dentro, los altos techos decorados con pinturas de las constelaciones, los ventanales y las luces eran bellísimos. El movimiento incesante de pasajeros entrando y saliendo llenaba a Grand Central de vida, de la electricidad del ajetreo humano. Subimos y bajamos escaleras, tratamos de conocer todos los recovecos posibles de esa terminal clave en la historia de Nueva York, fundamental para la expansión y

el funcionamiento de la ciudad desde el siglo XIX. Millones de personas dependen de los trenes que entran y salen de la ciudad para ir a sus trabajos y sus casas. La terminal tiene muchos andenes para abordar, es la que más tiene en el mundo. Además tiene tiendas de todo tipo, puestos de revistas, cafés. Un microcosmos en movimiento.

Un banco, o una empresa de seguros, estaba haciendo un evento y había un grupo de gaiteros escoceses tocando. La música de gaita es una de las más hermosas del mundo. Los músicos estaban vestidos con trajes tradicionales, con el kilt y los sombreros. La música llenaba el lugar, superpuesta al zumbido de las voces y los pasos de la gente que transitaba por la terminal. Subía hasta la bóveda del techo y bajaba hasta los locales y las entradas de los andenes. A ratos era melancólica y nostálgica, pero también era festiva y llena de fuerza y alegría. Recordé la banda sonora de Corazón valiente, a los guerreros poetas y a William Wallace gritando ¡libertaaaaaad!

Ya casi de salida encontramos una exposición sobre los trenes y los viajeros de Nueva York, sobre las formas de desplazarse, de viajar. Había maletas viejas y los maleteros donde se cargaban. Al lado había un mural. Me acerqué a mirarlo y me di cuenta de que eran fotografías y cartas; fotos de víctimas de los ataques a las Torres Gemelas y cartas de sus familiares, despedidas desgarradoras llenas de amor y desolación. Sentí una vez más la tristeza que me invadió en el memorial de los atentados, el vacío de las vidas arrasadas. A veces parece como si los humanos no fuéramos más que una especie estúpida y violenta, hipnotizada por sus propios cuentos, sumida sin remedio en sus delirios.

Al salir miré una vez más hacia la terminal y sus alrededores. Hacia arriba, como suele pasar en Nueva York. Tras la neblina, con una luminosidad fantasmal, se veía la torre Chrysler, otro edificio emblemático, símbolo de la competencia de distintas empresas en el siglo XX para construir el edificio más alto de la ciudad y asentar así su poderío. Era una visión hipnótica en esa noche gélida.

De camino hacia el hotel paramos a comer en una pizzería de nombre Little Italy, un local largo como era largo el mostrador de las pizzas, con varias mesas para los clientes. La pizza estaba deliciosa. Antes de viajar, un tío que había estado en Nueva York nos dijo que la pizza neoyorquina era de lo mejor que había probado y tuvimos que darle la razón. Aunque en Bogotá hay pizzas tan buenas como las de allá, lo cierto es que en los cuatro o cinco lugares distintos donde comimos en Nueva York la pizza era exquisita. Un detalle muy representativo de la identidad de Nueva York: esa pizzería donde estábamos, llamada Little Italy, era atendida por árabes. Para atendernos hablamos en inglés sin problema, pero entre ellos hablaban en árabe, mientras nosotros en la mesa conversábamos en español.

Faltaba una parada más: la licorera que había visto más temprano. Me desubiqué un poco y casi no la encuentro, pero dimos con ella. Tenía ganas de comprar whisky Jack Daniel’s, nunca lo había probado y quería traer un par de botellas para tomar con la familia y los amigos. Detrás del mostrador y escoltado por cientos de botellas de alcohol, había un viejo japonés de baja estatura que, me temo, hablaba menos inglés que yo. De todas formas pudimos entendernos, me dijo el precio del whisky y compré tres botellas medianas. Antes de despacharlas, el señor me pidió una identificación en su inglés difícil: ID, ID, repetía. Yo saqué mi cédula y le señalé la fecha de nacimiento. No hubo lío y me vendió el whisky.

Volvimos al hotel agotados. Comenzamos a organizar la maleta, porque al otro día teníamos que salir muy temprano. Había que hacerle espacio a las compras. Mi maleta de mano terminó repleta de libros, y en la grande se le pudo dar uso a todo ese tiempo invertido en jugar tetris. Cuando estuvo lista la maleta entré a darme un baño y mi hermano se bañó después. Así al otro día solo serían dos turnos de baño y el peligro de llegar tarde al aeropuerto disminuiría.

*

Al otro día nos levantamos cuando aún estaba oscuro. El hotel tenía un servicio de taxi con una tarifa fija hasta el aeropuerto: setenta y cinco dólares del alma. El día anterior habíamos pedido el favor de que un taxi estuviera listo en la mañana para llevarnos y ahí estaba el vehículo esperándonos. Pero no era un carro tan grande, y acomodar las maletas fue complicado. El conductor, algo molesto, decía entre dientes que qué esperábamos de él, que al pedir el taxi había que aclarar lo de las maletas. Metimos un par en el baúl y otras adelante con nosotros y emprendimos camino.

La ciudad todavía estaba aletargada, no comenzaba a funcionar del todo y el sol aún no salía. El JFK queda bastante retirado de Manhattan, así que el recorrido era largo. Debido a la hora casi no había tráfico por lo que no fue tan demorado. Sirvió, eso sí, para despedirse poco a poco de esa ciudad magnífica. En un punto, al mirar por la ventanilla izquierda del taxi, vi a lo lejos, iluminado y resaltando en el cielo de la madrugada, el globo terráqueo de acero que aparece en Hombres de negro, el que atraviesa la nave espacial del insecto cuando se estrella. Se llama Unisphere, y fue construido para la Feria Mundial de 1964. Queda en Flushing Meadows y aún en la lejanía parecía una construcción impresionante.

Llegamos al JFK, bajamos las maletas y le pagamos al taxista, que ya estaba de mejor humor, pues algo habíamos conversado en el trayecto, y nos deseó un buen viaje. No se veía mucho movimiento. De tiempo estábamos bien, pero en el counter de Avianca la fila se movía lentamente. Menos mal

que habíamos hecho el check in por internet. Había represada gente hasta de los asientos de primera clase. La inoperancia hacía de las suyas. Esperando en la fila me fijé en una señora que había hecho envolver su maleta en plástico. Costaba doce dólares hacer eso. Una medida de seguridad bien conocida y practicada por los colombianos. El detalle fue que la señora, muy sabia ella, dejó el pasaporte entre la maleta, por lo que cuando iba a pasar se vio obligada a devolverse, romper el costoso plástico azul y buscar el pasaporte para poder pasar. Ahí quedaron los doce dólares por semejante acto de inteligencia.

Se acercaba la hora del vuelo. Cuando por fin pasamos, todo fue rapidísimo y tuvimos que correr hacia la puerta de abordaje. Uno de los empleados de Avianca nos dijo que dejáramos las maletas ahí, que ya las subirían. Todos los pasajeros tuvieron que hacer lo mismo para alcanzar a pasar por la zona de requisas y abordar. Había que quitarse hasta los zapatos para pasar por seguridad. Ya del otro lado, fue necesario ponerse todo de nuevo velozmente y apresurarse hacia el avión. Fue tanto el afán que tuvimos una baja: a mi hermano se le quedó el gorro de lana que había comprado antes del viaje para el frío.

Logramos abordar a tiempo. Nos acomodamos en nuestros asientos y esperamos el despegue. Ya había amanecido. Yo iba cuidando la reproducción de La noche estrellada como si fuera la vida misma, para que no se fuera a doblar ni nada. No tardamos mucho en despegar; el avión tomó velocidad y se elevó en la brillante mañana neoyorquina. Mientras el avión giraba en el aire para ponerse en la ruta a Colombia, por la ventanilla vi unas islas alargadas atravesadas por carreteras. Fue lo último que vi de la ciudad, pues el avión enderezó su rumbo y tomó más altura. Atrás quedaba esa ciudad formidable a la que espero volver muchas veces más.

Creo que me enamoré de Nueva York.

*

Fue un vuelo sin contratiempos. Llegamos a Bogotá hacia el mediodía. Salimos del avión, hicimos todo el trámite en inmigración y fuimos a esperar las maletas. Por fin salimos: a mi hermana y mi cuñado los estaban esperando mi tía y su esposo para llevarlos al apartamento; mi hermano y yo cogimos un taxi. El conductor, un señor muy amable, nos ayudó a guardar las maletas en el baúl y salimos del aeropuerto rumbo a casa.

Aunque no era un día soleado, en el taxi se sentía calor. Todavía tenía puesta la ropa interior térmica, y con el aumento de temperatura se sintió su poder para mantenerlo a uno abrigado.

Se había terminado el viaje, pero los recuerdos seguirían ahí por meses, días y años, y con ellos el convencimiento de poder tener experiencias así si

uno se lo propone. Fui muy feliz en ese viaje, y espero poder experimentar la felicidad de ver el mundo otra vez, cien veces, mil veces, un millón de veces. Viajar es tal vez una de las mejores cosas que podemos hacer por nosotros mismos y por nuestro espíritu.

Ahora vería con más familiaridad los sitios donde estuve cuando aparecieran en una película o en la televisión, una sensación particular de reconocimiento. Todas las imágenes que las páginas y el celuloide me habían formado en la cabeza ahora tendrían una parte importante de realidad, de recuerdo y no de ensueño. Mi alma tendría un destello de alegría cuando viera algo sobre Washington, Filadelfia y Nueva York.

Por fin llegamos a la casa. Bajamos las maletas, de nuevo con la ayuda del taxista, y le pagamos la carrera. Nos la cobró más cara de lo que era, sin dejar la amabilidad a un lado ni por un segundo.

Bienvenidos a Colombia.

Freeditorial